LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA

PRECIOS DE SUSCRICION.	AÑO.	SEMESTRE.	TRIMESTRE.
Madrid.....	30 pesetas.	16 pesetas	9 pesetas.
Provincias.....	35 »	18 »	10 »
Portugal.....	7.520 reis.	3.890 reis.	2.100 reis.

AÑO XV.—NÚM. XIII.

EDITOR-DIRECTOR, D. ABELARDO DE CÁRLOS.

ADMINISTRACION, ARENAL, 16

Madrid, 5 de Mayo de 1871.

PRECIOS DE SUSCRICION	AÑO.	SEMESTRE.	TRIMESTRE.
Cuba y Puerto-Rico...	9 pesos fs.	5 pesos fs.	3 pesos fs.
Filipinas y Américas....	12 »	7 »	4 »
Extranjero.....	40 francos.	22 francos.	12 francos.

SUMARIO.

TEXTO.—Revista general, por E. Martinez de Velasco.—*El Coliseo romano*, por D. Emilio Castelar.—Santiago de Cuba y Cienfuegos.—Dos de Mayo: 1808, por D. Narciso Campillo.—Fiestas en Sevilla.—Reseña biográfica del doctor D. Rafael Martinez y Molina, catedrático de Anatomía en la facultad de Medicina de la Universidad central, por Muñoz de Luna.—Libros nuevos, por D. Emilio Huelin.—En el banquete de boda de mi buen amigo César, poesía, por D. Manuel del Palacio.—Un hecho heróico.—El llanto de la viuda.—La vuelta de los vencedores.—La fe del amor (continuacion), novela, por D. Manuel Fernandez y Gonzalez.—Monumento funerario, por Flaxman.—Advertencia.

GRABADOS.—Retrato del doctor D. Rafael Martinez y Molina.—Isla de Cuba: batería en el puerto de Cienfuegos; vista del castillo del Morro, en Santiago; ataque y defensa de la torre óptica *Cotos*.—Los amantes en la reja (dibujo del Sr. Bejarano).—Sevilla: panorama de la vega de Tablada en la tarde del 21 de Abril.—Madrid: el Dos de Mayo; llegada de la procesion cívica al campo de la Independencia.—El llanto de la viuda, composicion de don Vicente Palmaroli.—Berlin: llegada del emperador Guillermo I.—Llegada de las primeras tropas, despues de la paz.—Monumento funerario en la iglesia de Heston, por John Flaxman.—Ajedrez.

REVISTA GENERAL.

Madrid 3 de Mayo.

—¡Yo quisiera lavar esta afrenta con toda mi sangre!

Tal fué, segun un cronista francés, M. Horace Raison, la frase que pronunció Napoleon Bonaparte, al recibir las primeras noticias del heróico levantamiento de los madrileños, en el 2 de Mayo de 1808.

Pero la afrenta no fué lavada, y detrás de los laureles recogidos en los campos de batalla de Italia y Egipto, en Austerlitz y Jena, en Friedland y Moscou, descúbrese hoy todavía, en las páginas que la historia ha dedicado á aquel genio de los combates, la mancha sangrienta del 2 de Mayo de 1808: las hecatombes crueles del parque de Monteleon y los martirios infames del Prado y la Florida.

Y andando los años, Napoleon, prisionero en Santa Elena, triste, casi moribundo, acosado por fatales recuerdos, áun repetia con acento de amargura, como si viese cruzar por el espacio los espíritus vengadores de Daoiz y Velarde:

—*¡Je voudrais effacer cette honte de tout mon sang!...*

¡Bendita sea la memoria de aquellos esclarecidos héroes, víctimas de su amor á la patria!

Pero la patria es madre agradecida: solemnemente, segun antigua costumbre, ha sido conmemorado en Madrid el glorioso alzamiento del 2 de Mayo: una brillante y numerosa comitiva oficial, presidida por su majestad el rey, dirigióse procesionalmente al Campo de la Lealtad, y allí, delante de las urnas cinerarias, el monarca, los altos dignatarios de la corte y del Estado, el ejército y el pueblo, consagraron un recuerdo de amor y un homenaje de admiracion y respeto á los preclaros mártires de la independencia patria.

EL DOCTOR DON RAFAEL MARTINEZ Y MOLINA.

Mas hé aquí—y esto excita la risa, tal vez la compasion—que á cierto individuo, ó á cierta *agrupacion* (palabra de ogaño) de individuos, que no está bien aclarada esta duda, se le antoja alzar la voz, en son de protesta, contra la festividad patriótica, y convoca á los *cosmopolitas* en el café Internacional.

Ello es, que ciertos oradores—vaya en gracia la palabra—se empeñaron en demostrar que el obelisco del Dos de Mayo es un padron de vergüenza, y una excitacion á los ódios perpétuos; álguien hubo que pretendió ridiculizar á Daoiz y Velarde, porque estos dos valientes se hicieron matar en el parque de Monteleon, y no faltó quien sostuvo que el amor á la patria es un sentimiento mezquino y censurable, indigno de la grandeza del hombre.

Mas desgraciadamente la reunion *fraternal*, pues en nombre de la *fraternidad* fué convocada, terminó de pronto con una elocuentísima correccion *fraterna* (vulgo cachetes y palos).

«¡Bendita sea la patria!—ha dicho un escritor ilustre—¡Bendito el suelo que guarda la pila donde nos han bautizado, y el sepulcro que encierra las venerandas cenizas de nuestros mayores!»

Y aunque los señores cosmopolitas á quienes aludimos se burlen de estas bendiciones, y las llamen exageradas é hipócritas, á fuer de renegados de la patria, esta patria, bien aconsejada, no debe de hacer gran caso de las modernas *teorías* de que hace gala el audaz *cosmopolitismo*, y tambien ha consagrado un recuerdo á los bravos marinos que defendieron la honra de aquella delante de las baterías del Callao.

Las dos fiestas de aniversario, celebradas con ostentacion tan digna, han servido á la vez para introducir una breve tregua en las contiendas políticas.

A la par, la cuestion social adquiere proporciones alarmantes, y los gobiernos europeos, al oir el eco desagradable de predicaciones violentas, que perturban profundamente—dígase lo que se quiera—el órden público, parece como que se encogen de hombros y esperan arma al brazo el ataque de las masas alborotadas.

—*Good God! what is this?*—podemos preguntar ahora con el sábio George Dwason, en uno de los célebres *meetings* de Townhall.

—Es—contestará tal vez algun atrevido orador de las conferencias de la Internacional,—que la sociedad está enferma de muerte, gangrenada y corrompida; ya no sirven para nada médicos que receten paliativos, sino cirujanos crueles que corten y cautericen.

Y para atajar este mal—que mal es, y grave—parece ser que los periódicos ministeriales proponen los remedios siguientes: libre discusion, libertad de imprenta, esfuerzos de la iniciativa privada, incesante propaganda. «Tales son los medios con que se combaten (dice uno de aquellos) las teorías socialistas, y se hace comprender al obrero que le presentan un fantasma al hablarle de la tiranía del capital.»

A semejantes medios—que nos parecen, dicho sea de paso, un tanto ilusorios, y un mucho ineficaces—responde el proyecto imaginado por varios distinguidos escritores de la escuela económica: publicar folletos (y distribuirlos gratis entre los individuos de la clase obrera) en cuyas páginas se combatan las absurdas teorías socialistas. Un escritor discurrirá sobre las *huelgas*, otro se encargará de hacer la historia de las asociaciones obreras, y alguno pondrá de relieve el descrédito de las fórmulas socialistas, y no faltará acaso quien intente levantar el desgarrado manto en que se envuelve actualmente la miseria, y presentar á los ojos del pueblo las desgracias de ayer, á guisa de oportuno lenitivo para las desgracias de hoy.

No es eso, en nuestro juicio: á ciegas, *inconscientemente*—como ahora se dice—la inmensa mayoría de los afiliados en la Internacional, sigue por el camino que le señalan sus astutos jefes, y rechazará sin leerlos (es casi seguro) los folletos que se le ofrecieren: y si la curiosidad incita á alguno de aquellos á pasar la vista por las primeras páginas del libro, éste se caerá de las manos del curioso *inconsciente*, por lo mismo que es *inconsciente* y no está preparada su inteligencia para separar, en cuestion tan árdua, lo bueno de lo malo, lo ilusorio y utópico, de lo real y efectivo.

El remedio debe ser otro, porque el mal arrecia, las ánsias crecen y las esperanzas menguan; pero no somos nosotros, ajenos á las controversias políticas y sociales, quienes debemos indicarle.

Y justo es, ya que de folletos hablamos, mencionar aquí los discursos leidos ante la Academia Española, en la recepcion pública de don Salustiano de Olózaga, el dia 23 de Abril. Versó el del nuevo académico sobre las oscuridades que en el lenguaje resultan por el uso impropio de ciertas palabras, y ofreciendo al inteligente auditorio numerosos ejemplos que demostraban cumplidamente la verdad del bello tema que desenvolvia, concluyó el señor Olózaga reconociendo la necesidad de un diccionario, de una gramática especial, «que deje ménos enalágica, ménos suelta, ménos caprichosa nuestra sintáxis, y más sujeto á reglas fijas al comun de los escritores.—Entónces será nuestra lengua—añadió—clara y precisa, sin dejar por eso de ser la más armoniosa y la más bella de todas las que se hablan en Europa.»

Nuestro respetable amigo el señor Hartzenbusch leyó la contestacion, digna obra del eminente literato, y bien puede asegurarse que la escogida y numerosa concurrencia que llenaba el salon de la Academia salió complacida de aquella solemnidad literaria.

La misma ilustre corporacion asistió el miércoles 26, en la iglesia de las Trinitarias, á unas honras fúnebres celebradas en sufragio de Miguel de Cervantes, y de los cultivadores difuntos de las letras pátrias: la solemnidad fué sencilla y digna, y ofreció un carácter de piedad filial que honra á la Academia Española.

Tambien hemos observado que esta fiesta no se verificó, segun costumbre de otros años, el 23 de Abril, aniversario de la muerte del gran Cervantes—quizá por impedimiento del ritual eclesiástico.

Y tales son, en resúmen, los hechos principales ocurridos en nuestra patria durante los últimos dias.

Pero si aquí la preñada atmósfera política está anunciando tempestad, en la vecina Francia el rayo vibra y ruge el trueno.

La *Commune* de Paris no se detiene en el camino de las violencias y exacciones, y mientras se fusila *por equivocacion* al ciudadano Thienot, y se organiza el robo con el nombre de *requisa patriótica*, y se acentúa más todavía la persecucion contra el clero católico, amenazando de muerte al arzobispo de Paris, cerrando veintiseis iglesias, desde Nuestra Señora y y el Panteon hasta San Gervasio y San Roque, el municipio parisiense, ávido de popularidad, expide decretos organizando la propaganda *de la idea* por medio de globos aereostáticos, y declarando abolido el trabajo nocturno en las panaderías, y embargando todos los cuartos desalquilados para alojar en ellos á los habitantes de los barrios que sufren el bombardeo del Mont-Valerien.

Esos mismos exaltados patriotas que acriminaban á los alemanes porque *se atrevian* á lanzar contra Paris, *corazon del mundo, cerebro del género humano*, los bárbaros proyectiles forjados en las orillas del Rhin; esos mismos rojos que predican la fraternidad y quizá tambien el *cosmopolitismo*, esos son los autores de la inícua insurreccion comunista que despedaza á la pobre Francia, y amontona ruinas ensangrentadas, y desolacion y miseria.

«He estado en Versalles,—escribe un corresponsal—Saint Cloud, Ville d'Avray, Montretout, Sevres y Chavy. ¡Qué espectáculo tan horrible! El parque de Saint-Cloud está medio devastado, obstruido por cementerios y sepulcros á lo largo de la carretera: no se ven allí más que balas de cañon hundidas en el suelo, cruces de madera negra, árboles cortados y caidos en tierra... ¡un campo de desolacion y de muerte!»

A otro escritor belga debemos esta horrible pintura:

«Sevres no existe: aquello es espantoso; es la imágen de la destruccion, es el espectáculo tristísimo de esas grandes ciudades de la antigüedad, que fueron devastadas por el hierro y el fuego... Cualquiera diria, al ver aquellos montones de ruinas ennegrecidas, revueltas y confusas, que la maldicion del cielo ha caido sobre la pintoresca Sevres!»

Y encima de tales escombros, que la guerra extranjera ha amontonado, los rojos parisienses tienen la audacia—¡y audacia se necesita!—de dar al viento la nefanda enseña de las guerras civiles.

Suprímense antiguos periódicos, que combaten las criminales escentricidades de la *Commune*, y se deja circular libremente el inmundo *Père Duchesne*, exagerado remedo de la prensa maratista de 1793: se organiza el saqueo; los demagogos van á casa de los banqueros y les exigen sumas enormes, y sobre las rejas de los templos cerrados por decreto de la *Commune* aparece esta leyenda:—*Herméticamente cerrado, por liquidacion de comercio.*

«El terror crece—leemos en una carta—y las gentes piadosas creen que nos ha abandonado la proteccion de Dios.»

¿Qué hace entre tanto el gobierno de Versalles? ¿Qué las tropas de Mac-Mahon y de Vinoy?

Juzguen nuestros lectores: el dia 24 continuaba el fuego contra los fuertes de Vauves y de Issy, ocupados por los insurrectos, que apenas contestaban al bombardeo; el 25, las baterías de Mont-Valerien, Clamart, Montreuil, Châtillon y Mendon hacian un fuego horroroso contra los mismos fuertes, que contestaban muy débilmente á las seis de la tarde; el 26, cuando los telégramas de Versalles habian anunciado que las tropas leales debian apoderarse del fuerte de Issy, éste, ocupado aún por los rojos, seguia contestando al fuego de aquellas; el 27, era inminente el ataque, pero el fuerte contestaba todavía; el 28 apenas hacia fuego, y los soldados del gobierno se acercaban; el 29 el general Facon se apoderaba del cementerio y del parque de Issy, tomaba las barricadas y las trincheras, y cogia un centenar de prisioneros y algunos cañones; el 30 un parlamentario intimó la rendicion á los insurrectos del fuerte, y aunque empezaron inmediatamente negociaciones de capitulacion, y en Versalles se esperaba un desenlace favorable, el 1.º de Mayo quedaron aquellas rotas y el fuego empezó de nuevo con más violencia.

Esto resulta de los despachos telegráficos que tenemos á la vista.

Pero los recibidos hoy mismo anuncian que el fuerte de Issy está á punto de ser tomado por los versalleses.

Si los rebeldes, negándose á aceptar las condiciones de la capitulacion, resolvieron defenderse hasta el último extremo, las tropas fieles atacáronlos con denuedo y consiguieron un triunfo: en la noche del 1.º de Mayo, un batallon de cazadores se apoderó á la bayoneta de la estacion de Clamart, y dos regimientos de línea tomaron por asalto el pequeño castillo de Issy, colocado bajo los fuegos del fuerte, quedando éste completamente cercado por el cuerpo de ejército que acaudilla el general Vinoy.

Aun los rebeldes resisten, y porfiada y tenaz debe de ser la defensa—á juzgar por los últimos despachos, demasiado concisos: la bandera roja caerá sobre montones de cadáveres, y justo es confesar que el valor de la guarnicion de Issy era digno de causa más noble y patriótica.

Y en tanto que el cañon retumba, la famosa *Commune* adivina tal vez que el desenlace se precipita, y crea un comité de salud pública, que no sabemos si tendrá la mision tristísima de renovar las cruentas escenas de la época del terror; y para que nada le falte á la actual mezquina parodia de aquellos aciagos dias, premia la delacion, prepara una ley de sospechosos, y hasta devora á sus hijos predilectos: el general Cluseret, el agitador de Lyon y Marsella, ídolo ayer de los indisciplinados batallones de París, es acusado de haber comprometido la posesion del fuerte de Issy, preso y encerrado en Mazas.

Comunícase el huracan demagógico á Lyon, Marsella, Burdeos, Grenoble, Lille y otras ciudades importantes, y una insurreccion formidable, hábilmente preparada, estalla en las provincias argelinas, que predican la guerra santa y claman por su libertad é independencia.

¿Quién adivina el desenlace de este drama? ¿Quién señala el fin de la suprema crísis que atraviesa la desdichada Francia?

Y si lúgubre es el cuadro que acabamos de bosquejar, véase el que nos ofrecen los periódicos americanos:

La insurreccion de Cuba *toca á su término* (segun ciertos periódicos noticieros) desde hace veinte meses, y áun los ingratos mambises incendian los ingenios y bohíos; luchan en Santo Domingo los dos eternos rivales Cabral y Baez; la república haitiana se conmueve; en el Brasil, debilitado por una guerra cruel y prolongada, estalla una revolucion contra el emperador; Salvador y Honduras pelean encarnizadamente; en Montevideo la fiebre amarilla aumenta y causa numerosas desgracias; Méjico, en fin, el turbulento Méjico, parece cansarse de la dictadura de Juarez, y algun general ambicioso enarbola pendon rebelde.

Pero en Nueva-York, para celebrar la conclusion de la guerra franco-alemana, se ha verificado una espléndida fiesta que merecerá seguramente las simpatías de nuestros benévolos lectores: el *Jubileo de la Paz*.

Más de 100.000 personas formaban la cívica procesion, y un millon de espectadores, apiñados en las aceras, ventanas y azoteas de todos los edificios de la carrera, aplaudia á los manifestantes, que pasaban cantando un himno aleman.

La paz, la benéfica paz: hé ahí la dicha de las naciones y la alegría de las familias.

Y en verdad que en esta época de grandes desastres, de infortunios dolorosos, de terribles amenazas, parece como que los labios se resisten á pronunciar aquellas sublimes palabras con que los ángeles anunciaron al mundo la venida de Jesucristo:—*¡Pax in terra!*...

E. MARTINEZ DE VELASCO.

EL COLISEO ROMANO.

Ver la Ciudad Eterna fué siempre uno de los ensueños de mi existencia; uno de los deseos de mi corazon. Niño, la religion romana me hablaba de Dios, de la inmortalidad, de la redencion, de todas las ideas que ensanchan hasta lo infinito los horizontes del alma. Adulto, la lengua del Lacio fué mi estudio exclusivo, estudio que á una imaginacion de suyo plástica, le presentaba como en relieve, entre los dulces versos de Virgilio, los concisos periodos de Tácito, y los rotundos de Tito Livio, aquellos héroes antiguos, que sólo habian vivido para la libertad y para la patria. Ya en la juventud, al penetrar por la puerta de las Universidades, la literatura romana y el derecho romano habian acabado de inspirar al ánimo un anhelo vivísimo por ver las colinas de donde tantas ideas descendieron sobre la conciencia humana; los sepulcros que guardan tantos huesos ilustres, los cuales han servido como de abono á la planta de la civilizacion sobre la faz del planeta; las piedras bruñidas por el sol y por el tiempo, donde el cónsul y el tribuno han esculpido sus nombres, y el apóstol y el mártir su cruz, verdaderos fragmentos, no de la tierra, sino del espíritu universal, en su trabajo constante por adquirir la conciencia plena de sí mismo, y por realizar ese ideal, que le desasosiega y le atormenta, pero que tambien le eleva y le transfigura, obligándole á ser, si soldado de una lucha sin tregua, agente y sacerdote de un progreso sin término.

Yo, que cansado un poco de la política en Madrid, de la industria en Lóndres, de la vida en París, hasta de la naturaleza en Ginebra; disgustado un tanto de las tendencias positivistas que en nuestro tiempo á cada minuto, y en nuestra sociedad, á cada paso descubro; me refugiaba en Roma para consumir algunos momentos en éxtasis ante la historia, ante el arte, ante la religion, ante todo lo ideal, no pude cierto dia desasirme de un republicano, muy mi amigo, que, seguro de la complicidad de mi alma con sus ideas, y de mi alejamiento naturalísimo del Santo Oficio, desahogaba su conciencia pecadora y su forzoso silencio de veinte años pasados bajo la férula pontificia en mi amistad, pintándome los abusos del absolutismo romano, que yo de oidas conocia, y de corazon detestaba; pero cuyo relato en aquella hora no se compadecia bien con mis deseos de peregrinar entre las ruinas, ajeno á todo trabajo político, entregado al curso libre de mis ensueños y de mis pensamientos.

—A buena ciudad venis en busca de idealismo, deciame, frio por costumbre, en presencia de las maravillas que yo, transeunte, admiraba en Roma. Aquí todo el mundo se interesa por un número de la fatal lotería; nadie por una idea del humano cerebro. La conmemoracion del aniversario de Shakespeare se ha prohibido en esta ciudad del arte. Su censura es tan sábia, que como cierto escritor publicara un libro sobre el voltaismo, lanzólo al purgatorio del Índice, creyendo que se trataba del volteranismo, filosofía que no deja ni descansar ni digerir á nuestros monseñores. En cambio, un libro de cábalas y astrologías para adivinar los caprichos del bombo lotérico, ha sido impreso y publicado con el *placet* pontificio, por no contener nada contrario á la religion, ni á la moral, ni á los derechos de la soberanía.

—Sé todo eso, deciale yo. Lo he leido cien veces en Dumesnil, en Kauffman, en Sthendal, en Edmundo About.

—Pues sabiéndolo, ¿buscais aquí ideas? Rabelais conocia esta ciudad, Rabelais. Al llegar, en vez de escribir una disertacion sobre sus dogmas, la escribió sobre sus lechugas, única cosa que hay buena y fresca en este maldito calabozo. Y cura y todo como era, cura del siglo décimosexto, más religioso que el nuestro, tenia una correspondencia larga y tendida con el piadoso obispo de Maillerais, sobre los hijos del Papa; porque el reverendo le habia encargado muy especialmente de averiguar si el caballero Pedro Luis Farnesio era hijo legítimo ó bastardo de Su Santidad. Creedme; Rabelais, sólo Rabelais conocia á Roma.

En esto dimos vuelta á una encrucijada, y nos encontramos en modestísima plazuela. Un balcon de la casa que más descollaba en aquel sitio, aparecia colgado con rico tapiz de damasco carmesí. Fuertemente ajustado al balcon brillaba un globo de cristal con filetes dorados, á uno de cuyos extremos veíase áureo manubrio. Frente á la casa, inmensa multitud desarrapada, miserable, se apiñaba. En todos los ojos, convertidos al balcon, veíase algo de extraño; en las manos papeles, santos, escapularios, un silencio sepulcral reinaba, silencio incomprensible en los locuaces pueblos del Mediodía, silencio, del que deduje haber topado con una ceremonia religiosa. Mi deduccion se confirmó cuando un monago salió al balcon; y tras el monago algunos eclesiásticos de rubicunda cara y obesa respetable figura; y tras los eclesiásticos todo un cardenal de la Sacra Romana Iglesia, vestido de crujiente seda morada, adornado con su roquete de blanco encaje, y cubierto con su solideo morado tambien, sobre el cual flotaba al cefirillo, como roja flor de granado, lustrosísima bula. Rompióse el silencio de la multitud en espantoso alarido. Unos de aquellos campesinos, que todavía conservan reflejos de la antigua belleza escultórica en su frente despejada, en su nariz aguileña, en sus labios gruesos, se postraban de hinojos, plegadas las manos, estática la mirada, profiriendo oraciones que parecian conjuros. Otros sacaban las estampas de sus santos protectores, casi todas mugrientas, y las besuqueaban con verdaderos trasportes. Algunos daban saltos, tendian los brazos, pronunciaban frases incoherentes. Era sábado, sábado de sortilegios. El mediodía se acercaba. Un cañonazo suena en el punto que las campanas dan las doce. Al cañonazo sigue en la multitud otro alarido increíble. El cardenal coge el manubrio y da vueltas al globo cristalino. El monago mete la mano y saca un número. Era la lotería oficial, la lotería pontificia. Huyamos. Tenia razon el garibaldino. ¿Esta es la ciudad del espíritu?

Sumerjámonos en los antiguos tiempos, como un buzo en el mar. Nuestra vida es tan corta, nuestro ser tan pequeño, que para tocar esa idea de lo infinito, á la cual estamos como unidos por lazos invisibles; para entrar en esa inmortalidad con que soñamos siempre, tenemos necesidad de poner, como tras el limitado horizonte sensible, el ilimitado horizonte racional, tras cada momento de la vida, perspectivas inacabables, lejos inmensos, celajes que matizan de belleza las notas escapadas de unas cuerdas vibrantes, los colores descompuestos en mágicas paletas, las inspiraciones desprendidas de la celeste poesía, los recuerdos por nuestra evocacion alzada del polvo de los siglos y de los abismos de la historia.

¿Es verdad que tenemos aquí en la frente una luz pálida, trémula, casi imperceptible, como la luz de la luciérnaga, una luz que se llama la idea? ¿Es verdad que en esta luz podemos abrazar el mundo material, disiparlo, ofrecérselo al espíritu como el humo de un sacrificio? Indudable. La naturaleza aparece á nuestros ojos mil veces, cual una imágen multiforme de la conciencia. La luz no es más que el velo de oro tras el cual se oculta el pensamiento infinito que agrupa en escalas de música armoniosa los planetas y sus soles. El universo, ese universo que nos abruma con su grandeza, es el poema de nuestras ideas, el apocalipsis misterioso que hemos escrito con palabras de estrellas, con líneas de constelaciones en esa inmensidad, de cuya existencia real no estamos seguros, en esa inmensidad sin orillas y sin fondo que se llama espacio. Dejadme, dejadme, pues, soñar; que así como á los piés del hombre han caido muertos los dioses paganos, los dioses inmortales, creados y destruidos por el espíritu, los dioses inmortales, cuyos esqueletos amontonados descubro en esta inmensa necrópolis de la campiña romana, así pueden caer en ruinas los mundos, y quedar entre sus cenizas frías, como un rescoldo, el calor de nuestro espíritu.

Cuando protestaba yo con estas orgullosas reflexiones contra las miserias humanas, sin darme de ello casi cuenta, habia llegado, solo, absorto, frente á frente del Coliseo Romano. La primera impresion que me produjo fue de asombro. Si yo no naciera á las orillas del mar, y no me connaturalizara con su infinita superficie desde niño, tal impresion me hubiera causado, viéndolo por vez primera en edad madura. Mi memoria un tanto viva y cambiante me trasladó súbita á mi cátedra de latin, donde traduciamos los epigramas de Marcial, y me trajo á los labios estos dos versos, que suelen repetir los eruditos itinerarios publicados por los arqueólogos romanos:

Barbara Pyramidum silean miracula Memphis
. . . . . .
Omnis Cæsareo cedat labor Amphiteatro.

Eran éstos los jardines de Neron. Por aquí andaba vestido de púrpura, calzado de borceguíes celestes, la sien coronada de laureles, los ojos fijos en el cielo, las manos en la cítara, henchidos los labios de antiguos versos griegos, y el corazon de pasiones contrarias, como un demonio que se esforzara por ser Dios, y se acogiera momentáneamente al cielo del arte, para tornar á caer en los abismos. Él era cónsul, tribuno, dictador, César, pontífice máximo; todos le bendecian, todos le adoraban; y no le estimaba ¡oh dolor! su propia conciencia. La posteridad no ha sido para él tan despiadada como para los demás césares, porque Neron fué siempre un tirano con remordimientos. ¡Ha habido tantos en quienes se borró por completo la conciencia! ¡Ha habido tantos que, al matar, al quemar, al destruir ciudades enteras, han creido obrar meritoriamente á los ojos de Dios! Hoy mismo, un césar del Norte, por coger entre sus garras el cetro de Alemania, se ha cebado en la infeliz Francia, y al eco de las bombas, al estridor de las ruinas y del incendio, al gemido de los moribundos, ha invocado el nombre de Dios como cómplice de sus crímenes. ¡Ah! Neron mataba á su madre; pero sentia en las orillas del mar los dolores de Orestes y los ronquidos de las Eumenides. Neron oprimia al género humano; pero en su última hora proclamaba muy alto que debia haber sido artista y no césar. ¡La religion pagana conservará más viva la conciencia y su jurisdiccion sobre la vida que el pietismo protestante!

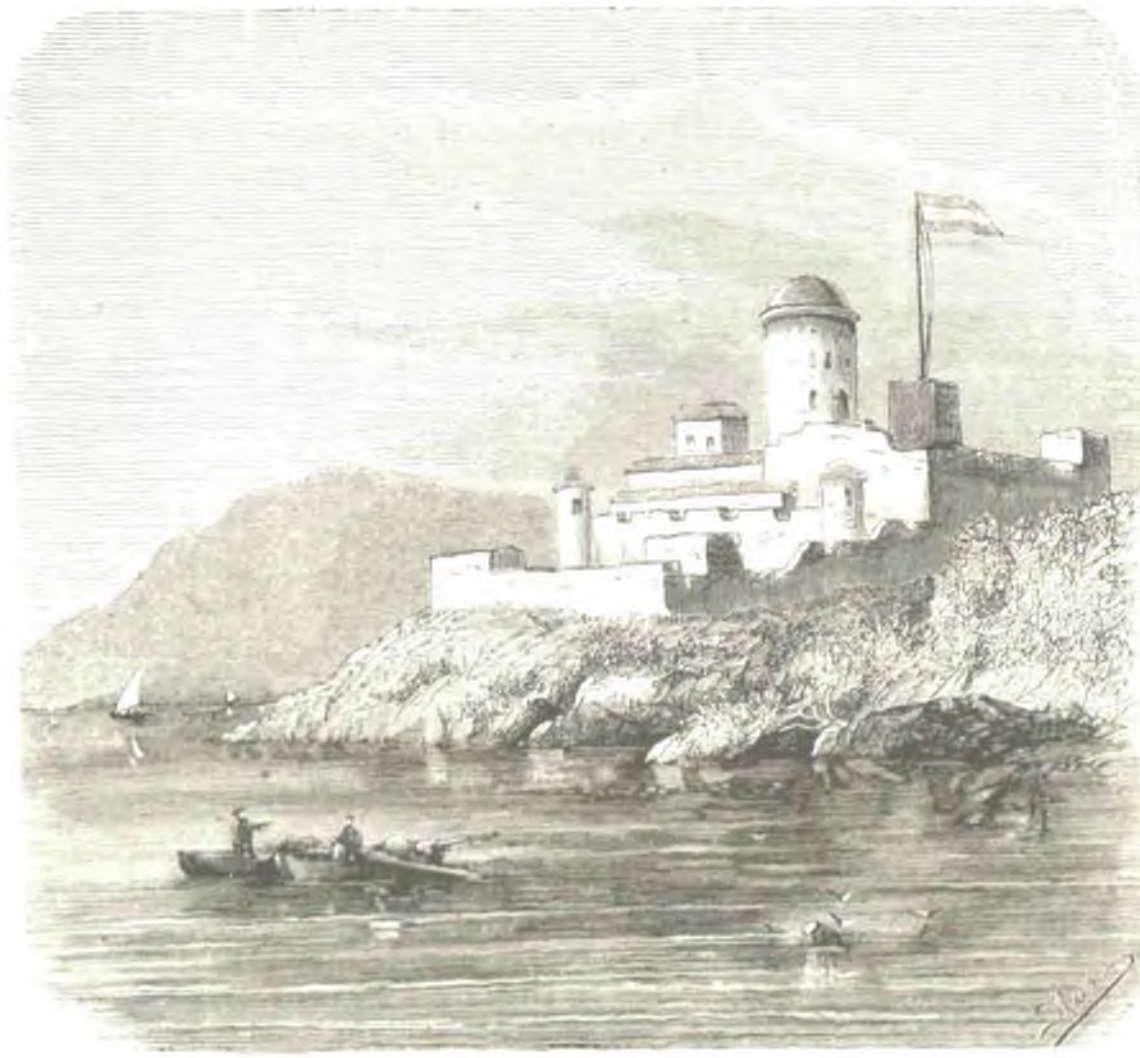
He mentado á Neron, porque su nombre está unido al nombre del Coliseo. En el sitio que hoy ocupa, se extendia el estanque de los jardines neronianos; y al frente de ese estanque una estátua colosal, magnífica, del divino emperador, con los atributos de Apolo, el dios de la armonía y de la luz, que llevaba en sus manos la cítara á cuyos acordes danzaban las musas, y en sus sienes el verde laurel de Dafne. La familia de Vespasiano, en odio á Neron, habia soterrado su áurea casa llena de obras inmortales; arrancado tambien el Coloso, y construido en su lugar el anfiteatro; pero no pudo arrancar, ni el nombre ni el recuerdo de la apolina estátua de Neron; y ese nombre degenerado, corrompido, Coliseo, lleva todavía tan colosal monumento.

No parece, á la verdad, obra de los hombres, sino obra de la naturaleza. Esas gigantescas proporciones, esas moles inmensas no han podido ser creadas por nuestras fuerzas, sino por las fuerzas del gran arquitecto, del grande artista que ha levantado las eternas pirámides de los Alpes, y que ha cincelado el maravilloso cono del Vesubio, por las fuerzas del fuego creador, cuyas reverberaciones guarda todavía en sus cristales el granito. Sólo cuando se ven las armonías de sus arcos, la igualdad de sus columnas, el ritmo de aquella arquitectura que asciende á los cielos como un cántico, nótase que el pensamiento humano ha distribuido las enormes moles del Anfiteatro, y las ha sellado con el sello divino de sus leyes.

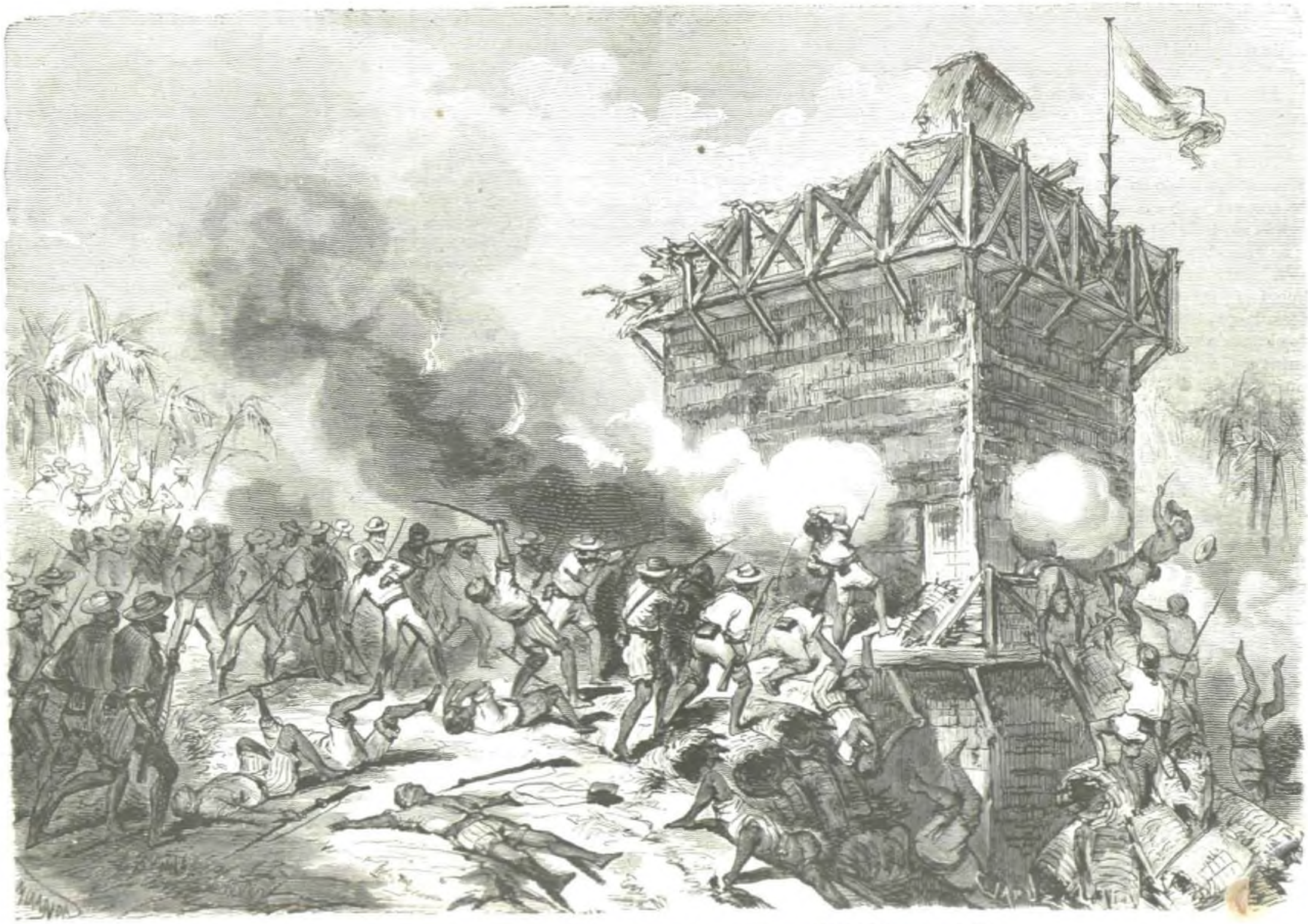
Hoy es en parte una ruina. Cuando estaba todo de pié, dos gradas lo sostenian como fuertes zócalos. Cuatro cuerpos sobrepuestos lo formaban. Ochenta airosos arcos, que eran otras ochenta puertas, circundaban todo el primer cuerpo. A los lados de los arcos alzábanse medias columnas empotradas en la pared y pertenecientes al severo órden dórico. Sobre este primer cuerpo se extendia una cornisa, y sobre la cornisa otros ochenta arcos, á cuyos lados se elevaban medias columnas del más gracioso y más ligero órden jónico. Otra cornisa, idéntica á la anterior, remataba este segundo cuerpo, y servia de base al tercero, cortado en

ISLA DE CUBA.

CIENFUEGOS.—BATERÍA EN LA ENTRADA DEL PUERTO.



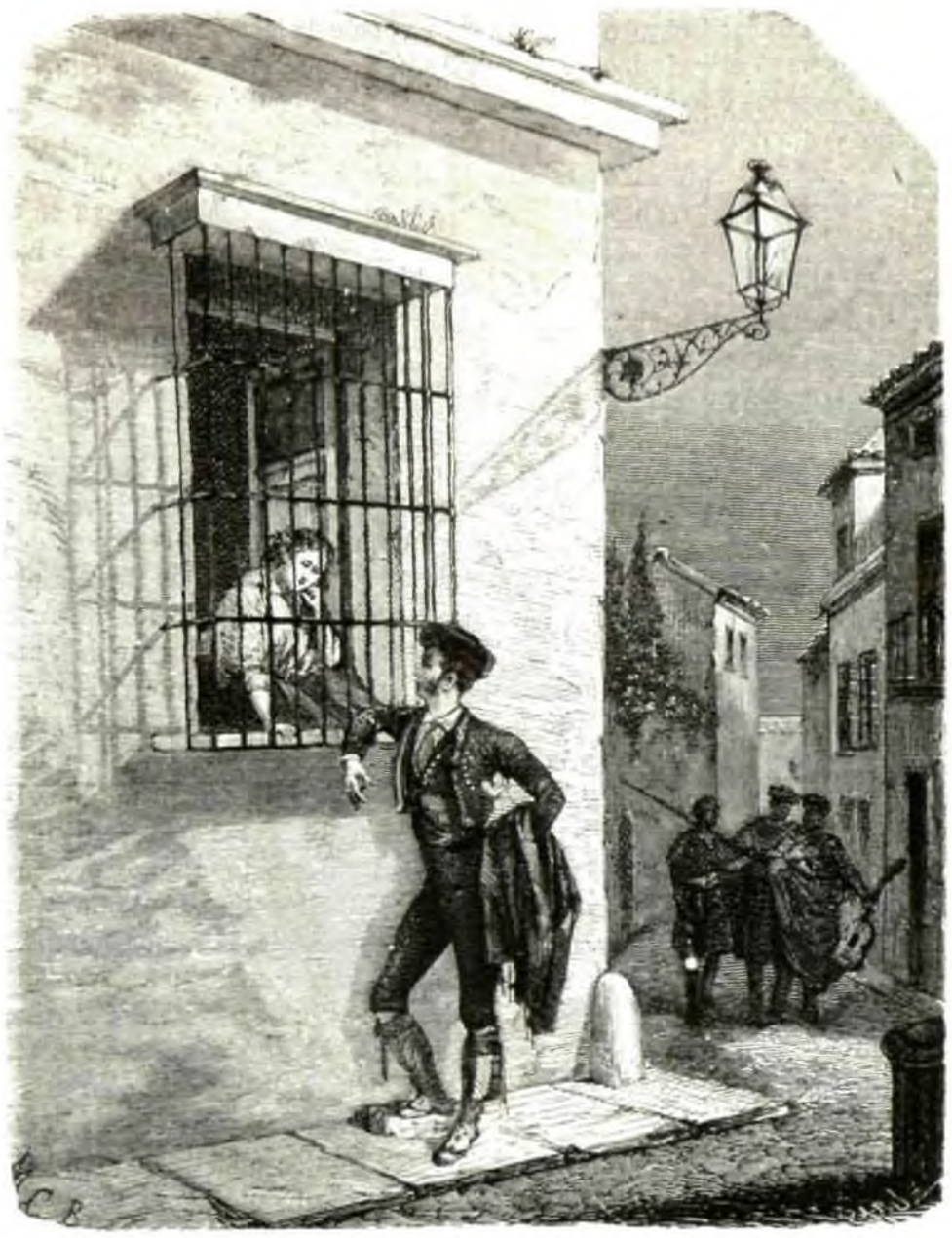
SANTIAGO DE CUBA.—VISTA DEL CASTILLO DEL MORRO.



ATAQUE Y HERÓICA DEFENSA DE LA TORRE ÓPTICA «COLON».—(20 de Febrero de 1871.)

arcos tambien, ornado tambien de columnas, pero del florido y rico órden corintio. Remataba todo el monumento un airoso ático, semejante á cincelada diadema, ligero, ornado de pilastras, y abierto por ventanas, á través de las cuales parece que brilla con más esplendor el cielo. Este inmenso edificio tiene cincuenta y dos metros de altura. Para definirlo en pocas palabras, yo le llamaria una montaña circular, levantada, esculpida, cinceleda por el trabajo del hombre. El lado que mira al Nordeste es el que mejor se conserva. Sólo en sus muros puede estudiarse la sucesion de los arcos, la armoniosa escala formada por las columnas, el órden y la gracia de las cornisas, la severa majestad del primer cuerpo, y la ligereza del ático que lo corona todo, y que da á mole tan grandiosa el primor y la ligereza de una joya.

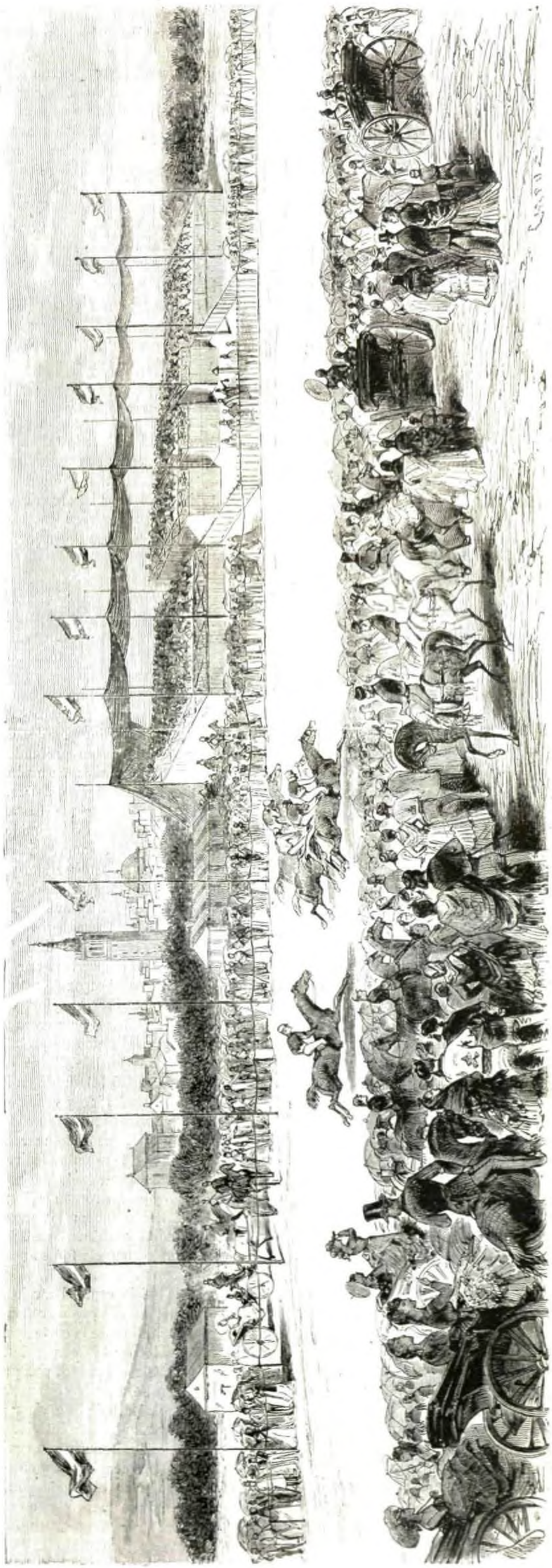
En estos monumentos resplandecen las ideas y los caractéres de la arquitectura romana. La gracia, la belleza griega, se han reemplazado con la grandeza, y con la grandeza colosal. Es el Coliseo monumento digno de un pueblo rey, de un pueblo conquistador, de un pueblo titánico, de un pueblo que cuenta ejércitos de esclavos, ejércitos de trabajadores, sobre cuyas espaldas solamente hubieran podido ascender las inmensas moles á tan vertiginosas alturas. El pueblo que ha fabricado el Coliseo, acaba de ver el Oriente y sus monstruosos edificios, sobre los cuales ha querido tender los órdenes del arte griego como una guirnal-



SEVILLA.—JÓVENES PELANDO LA PAVA. (Dibujo de Bejarano.)

da. La arquitectura romana ya no es aquella hermosa arquitectura de Atenas y de Corinto, que ha tomado por tipo el bellísimo organismo de la mujer griega, de esa diosa, de esa musa de todas las artes. Flota sobre los monumentos romanos algo ménos bello, pero más grandioso, el océano invisible de un espíritu universal, asimilador, que tiene de Grecia la armonía, de Asia la magnitud, rebosando realmente en la tierra y en la historia, sin tocar á un ideal, que irá más tarde á perderse entre los misterios y los arreboles del cielo, medio luz, medio sombra. Luego los edificios romanos, informados en ese espíritu colosal, tenderán necesariamente á fines útiles, prácticos, inmediatos, como toda su cultura. El dios Eros, el dios del amor griego, ha sido reemplazado en Roma con el dios Sterquilinius, con el dios del estiércol, de esa sustancia que abriga y fecunda los campos, como la metafísica helénica ha sido reemplazada con la moral y el derecho, con principios y ciencias que tocan más inmediatamente á la sociedad y á la vida.

El Coliseo tiene todos los caractéres de la arquitectura romana. Podeis aprenderla mejor en ese grande ejemplar perdonado milagrosamente por la inundacion de los siglos, que en las páginas de Vitrubio, quizá rehechas é interpoladas por los eruditos del Renacimiento. Mirad esa argamasa que parece forjada como la materia granítica, en las incandescentes entrañas del planeta. Mirad las bóvedas desconocidas de los



SEVILLA.—CARRERAS DE CABALLOS VERIFICADAS EL 21 DE ABRIL.

griegos, y admirablemente edificadas en esta tierra del Imperio y de la fuerza. Mirad los arcos que el mundo helénico nunca construyó, y que parecen á mis ojos las puertas triunfales por donde penetra en la historia con un nuevo espíritu una nueva vida. Mirad cómo el romano ha puesto un plinto para que descanse la columna dórica que el griego arrancaba del seno mismo de la tierra como el tronco de un árbol. Mirad esos tres órdenes separados siempre en la arquitectura griega, y reunidos aquí en escala ascendente, primero el más sencillo y más sóbrio, el dórico, en la base; despues el más elegante y más ligero, el jónico, en el medio; y luégo el más florido, el más ornado, el corintio, coronando la cima, como la diadema de todo el monumento. El espíritu del pueblo constructor brilla por todas partes en esa fábrica. Ha reunido el romano los tres órdenes de arquitectura en sus edificios, como ha reunido los dioses griegos en el panteon. Su cultura es el gran epílogo de la cultura antigua. Roma tomó á Grecia su metafísica y su religion, á la Sabinia sus mujeres, á España sus espadas, al Oriente sus bóvedas, y á Etruria sus arcos. Así puede decirse que Grecia es la flor, y Roma el fruto de toda la antigua historia. Monumentos como el Coliseo no son más en el fondo que huesos milagrosamente conservados del inmenso organismo que componia la Ciudad Eterna.

EMILIO CASTELAR.

La conclusion en el próximo número.

SANTIAGO DE CUBA.—CIENFUEGOS.

Son dos de las poblaciones más bellas de la isla de Cuba, la hermosa reina de las Antillas.

En 1514 fundó la primera el famoso Diego Velazquez, aquel «promovedor de los descubrimientos de Yucatan y Nueva España,—segun lo reza un despacho de la época que tenemos á la vista—el que nombró á Hernan Cortés por capitan general de la Armada y tierras descubiertas y que se descubrieran.»

Hasta 1589 fué capital de la isla, y hoy es cabeza del departamento Oriental, y sede metropolitana: está situada en la desembocadura del rio Santiago, á 80 kilómetros SE. de la Habana, y es una linda ciudad con alineadas y anchas calles, edificios bellos y pintorescos jardines. Su puerta de entrada, angosta y defendida por dos altos castillos (véase un grabado de la pág. 220), es una de las mejores de la América, y la extensa y cómoda bahía abraza una perímetro de seis kilómetros.

Ciudad española, Santiago de Cuba, firmemente ligada á la madre patria, ha condenado con noble energía la inícua insurreccion que enarboló en los campos de Yara el pendon separatista, y los bravos voluntarios santiagueses pelean bizarramente por la integridad de España.

La villa de Cienfuegos, en el departamento Occidental, provincia y diócesis de la Habana, está colocada á 26 kilómetros de Trinidad, cabeza del departamento, y tiene un puerto abrigado y cómodo á alguna distancia de la poblacion.

Otro grabado de la pág. 220 representa una de las baterías rasantes que han sido construidas para la defensa del puerto.

DOS DE MAYO.

1808.

I.

No hay español que ignore los grandes sucesos de este sangriento dia, primera página de la gloriosa historia de nuestra independencia; página que por sí sola ofrece ámplio argumento para uno de los cantos más sublimes de la inmensa epopeya nacional. Pero áun cuando los españoles siempre lo conservan en su memoria, justo es tributarle especial recuerdo —conmemorarlo, como si la religion y la ciencia tienen sus mártires y sus genios á los que consagran respetuoso tributo y solemnes festividades, el patriotismo tiene sus héroes, dignos tambien de fiel conmemoracion y de eterna alabanza. Cumplimos al ensalzarlos con un deber piadoso; porque la sangre del pueblo entónces derramada, es virtualmente la misma sangre de nuestras venas: si españoles eran los que á precio de sus vidas rechazaron la más injusta de las agresiones, tambien españoles somos nosotros, y apareceríamos indignos de tal nombre, si no viésemos en su conducta una leccion de grande enseñanza que aprender y un ejemplo sublime que imitar en la ocasion del peligro.

Estas enseñanzas y ejemplos, trasmitidos á las futuras generaciones por los monumentos de las artes, por la prensa y la palabra, forman lentamente las imperecederas páginas de la historia; ¡dichoso el pueblo que puede presentar la suya con ménos manchas de crímenes y con más resplandores de virtud, de genio y de heroísmo! No será ese pueblo borrado del libro de la vida: aunque durante largo tiempo, víctima de la opresion y el monopolio, mire palidecer el sol de su gloria, siempre lleva en su frente el sello de lo eterno: sus tiranos mueren, y él no muere nunca: pueden ser tristes los dias presentes; pero es suyo el imperio de lo porvenir ilimitado. Confía, espera y marcha: desprecia los abrojos del camino y atiende sólo al término de su jornada.

II.

Europa lucha, y el hombre despedaza al hombre. Al despedazarle, se apellida triunfador: le despoja, y se llama conquistador: pisotea los códigos, y se llama legislador: hay en toda Europa temblor de tronos, y caen al polvo muchas coronas; pero Napoleon las recoge, se ciñe una, y distribuyendo las demás, se rodea de una dorada y ostentosa corte de monarcas.

Desde los tiempos del diluvio no se habia estremecido la tierra tan profundamente. El acero ha pasado y vuelto á pasar: las madres y los huérfanos han vertido rios de lágrimas. Desde las heladas llanuras de la Rusia setentrional hasta los dorados campos de Andalucía resuena un gemido largo y doloroso: el suelo está harto de sangre, y los mapas geográficos de las naciones se han borrado y confundido.

Un hombre armado de su genio y confiado en su estrella, supo aprovecharse de la revolucion, atrayendo á sí las fuerzas diseminadas y contrarias: astuto y fuerte, empleó las intrigas y la violencia, cambiando el casco del guerrero por la corona del César.

Cuanto es capaz de entusiasmar á la muchedumbre, otro tanto poseia; valor personal, talento organizador, genio político y guerrero, palabra elocuente, espléndida imaginacion de poeta... todo lo tenia de su parte, menos la justicia. Habia doblado los Alpes como Aníbal; habia fulgurado en Italia cual siniestro meteoro; habia combatido y vencido en dos continentes, repartido naciones, dictado códigos, despertado á las Pirámides del sueño de cuarenta siglos, recibido humilde vasallaje de asombrados reyes; habia con la espada y la victoria grabado su nombre en los témpanos del polo y en las rocas de Egipto y en el pecho de sus valientes; habian sus legiones, como bandadas de águilas, volado triunfalmente á todas partes y hecho temblar al mundo, cuando fijó su ambiciosa vista en nuestra Península.

El sólio español atrajo sus miradas: no le pareció difícil su conquista, reflexionando en las corrompidas costumbres de la corte, y midiendo la degradacion del pueblo por la degradacion de palacio. Felizmente se engañó: el pueblo, aunque ignorante, supersticioso y pobre, era un leon lleno de vida. Tal vez por un presentimiento de este vigor oculto, tal vez por esa voz secreta que en su interior escuchan todos los hombres de genio, Bonaparte no quiso invadir la Península con bandera desplegada y en son de conquista, prefiriendo la astucia y el engaño para el mejor éxito de sus planes. La astucia y el engaño le sirvieron, haciéndole dueño, sin disparar un tiro, de muchas plazas fuertes, que de otro modo le hubieran costado raudales de sangre.

Los palaciegos corrompidos huyeron, ó se sujetaron á la usurpacion: los reyes abdicaron: el pueblo protestó; y pobre, y desarmado, y sin guía, desafió al coloso á una lucha de muerte. Cada cual ocupó su puesto en el gran drama que iba á representarse. Murat gobernaba en Madrid: siguiendo los pasos de Napoleon, habia triunfado en Italia, en Egipto: habia disuelto, sable en mano, el Consejo de los representantes de Francia, y ahora procuraba intimidar al pueblo de Madrid pasando ostentosa revista á sus legiones triunfadoras. El pueblo asistió al espectáculo, vió extendido en imponente alarde aquel grandioso aparato marcial; vió desfilar batallones tras batallones, ondear banderas con águilas, agitarse las altas gorras de los granaderos, ir y venir como impetuosa avalancha la caballería polaca y mameluca vestida con espléndidos trajes; escuchó la acompasada marcha de los peones, el galope de los jinetes, el rebotar de los cañones sobre el empedrado, el estrépito de voces de mando, clarines y tambores... y, encogiéndose de hombros, silbó todo aquello como una mala comedia.

Irritado Murat, hizo venir las numerosas fuerzas francesas acantonadas en los alrededores de Madrid, obtuvo del general Negrete la promesa de que los regimientos españoles permanecerian en sus cuarteles, y empezó á madurar sus planes de venganza. Uniendo á la maldad la astucia, intenta sobornar á don Pedro Velarde con espléndidas promesas; pero Velarde las rechaza indignado, negándose á deshonrar su espada empleándola en servicio del usurpador. Intenta luégo obtener de la Junta de Gobierno la órden para que los infantes abandonen la corte; pero la Junta se niega enérgicamente á sus intimaciones y amenazas.

III.

Amaneció por fin el dia dos de Mayo, dia de gloria y de luto para España: desde las primeras horas de la mañana se habia esparcido la voz de la salida de la real familia, y numerosos grupos agolpados en la plaza de Palacio, veian con disgusto y cólera los preparativos del viaje. Todos sabian la negativa de la Junta, comprendiendo, por tanto, que semejante viaje era un insulto que el usurpador les lanzaba al rostro. Á las nueve salió la reina de Etruria con sus hijos, y todavía quedaban dos coches para la demás familia. Dos horas despues, un edecan de Murat aparece dando la órden de marcha, y al mismo tiempo se presentan con triste actitud los infantes don Antonio y don Francisco. Su aspecto acrecienta la general indignacion, y entre el murmullo que se iba levantando, gritó una voz poderosa: *¡Que se llevan á Francia todas las personas reales!* Fué aquel grito la señal de la explosion: arrójase la multitud sobre los carruajes y corta los tiros: la escolta la hace fuego, y los soldados franceses cargan contra ella espada en mano; pero son rechazados furiosamente, y el combate se encarniza. De una parte los soldados vencedores de Europa, armados de todas armas; de otra el paisanaje indisciplinado, rechazando la terrible acometida de la caballería con puñales, algunas malas pistolas, garrotes y piedras. La lucha se prolonga: su eco resuena en toda la capital, y la revolucion queda proclamada y firmada con sangre.

Tres horas duraba ya el combate: por todas partes era acosado sin tregua el enemigo. Murat monta á caballo, y ordena sembrar la destruccion en el pueblo. Entre tanto, las tropas españolas rugian viéndose encerradas en sus cuarteles y sin tomar parte en tan gloriosa contienda. Las huestes francesas recorrian las calles, asesinando á cuantos encontraban, disparando á los balcones, destacando partidas que entraban en las casas á degüello, sin respetar sexos ni edades. Los cañones barrian con metralla las calles de Alcalá, Platerías y Mayor: columnas francesas penetraban en la capital por diferentes puertas, y la caballería, entrando por la de Alcalá, arrollaba grupos enteros de paisanos hasta la Puerta del Sol, donde fueron sacrificados. Todas las calles estaban erizadas de bayonetas; en todas partes retumbaba el galope de los caballos y el trueno del cañon, y en todas partes combatia el pueblo, sin contar el número de sus opresores, ni de-

tenerse á considerar la ventaja de sus armas, organizacion y disciplina.

Al mismo tiempo los generales Lagrange y Lefranc marchaban de órden de Murat con fuertes columnas contra el Parque de Artillería, donde Daoiz, Velarde y el teniente de infantería don Jacinto Ruiz, con catorce artilleros, los más de ellos inválidos, y treinta y tres voluntarios del Estado, se preparaban á la defensa. Entónces llegó un buen golpe de paisanos, deseando combatir, á los que abrieron las puertas y repartieron armas. Acercóse el general Lefranc intimando la rendicion; pero la bandera española se despliega con arrogancia, y repetidas descargas de metralla cubren la calle de cadáveres franceses y huyen atropellados los agresores. Vuelven á cargar con el refuerzo de nuevos batallones: Daoiz es herido: se concluye la metralla y se dispara con piedras de chispa: Daoiz, aunque herido, sostenia su puesto con heróica firmeza: Velarde registraba el edificio en busca de municiones: el teniente Ruiz excitaba á todos con la voz y el ejemplo. Rechazadas violentamente otra vez las columnas francesas, nada adelantaban en el ataque del Parque.

De repente el general Lagranje enarbola señal de parlamento, y cesa el fuego: Lagranje se adelanta hácia Daoiz con ademanes de paz; pero al llegar cerca de él, procura herirle con el sable: Daoiz le contesta con una estocada. Los franceses penetran en el patio, y Daoiz muere traspasado por muchas bayonetas: Velarde, que llegaba al estruendo, recibe un balazo y cae para no volver á levantarse: el teniente Ruiz muere poco despues defendiéndose como un leon: el parque, al fin, es tomado, y el duque de Berg, el sanguinario Murat aplaude tamaña felonía y tan deshonroso triunfo.

Aún en las verjas del jardin de la Primavera ó de San Juan, hoy del Buen Retiro, se advierten señales de balas francesas; aún recuerdan muchos un corpulento árbol vecino, en cuyo tronco habia, como engastado, un grueso casco de metralla. Este árbol, testigo del porfiado combate, debiera de haberse conservado como sencillo monumento de tan glorioso dia.

Pocas horas despues ordenó Murat publicar un bando, disponiendo fusilar á cuantos españoles fuesen encontrados con armas. Este bando no concedia término alguno; empezó á regir desde el instante en que fué publicado. Multitud de patrullas francesas inundaron las calles, registrando á cuantos encontraban, y enviando á la casa de Correos para ser luégo fusilados, á niños, ancianos, sacerdotes, mujeres y gente de toda edad y condicion: parte de ellos por llevar, como los barberos ambulantes, las navajas de su oficio; los esquiladores, las tijeras; los arrieros, las agujas de ensalmar, y otros muchos por habérseles encontrado cortaplumas ó pequeñas herramientas que racionalmente no pueden llamarse armas. Sin embargo, todos fueron condenados á muerte y asesinados inhumanamente. En aquella noche fueron sacrificadas tambien cuarenta personas entre la oscuridad de las sombras, cuyo manto buscó la traicion para cubrir su odioso atentado.

Pero el grito de venganza que se levantó en el pueblo, resonó en todos los ángulos de la Península, y desde aquel momento el destino del usurpádor quedó decretado, y España fue libre de sus invasores: luchas horribles siguieron despues; mas habia empezado á levantarse en el firmamento el sol de nuestra gloria, y ninguna nube podia detener su paso ni envolverlo en tinieblas. La balanza se inclinó del lado de la justicia: Europa libre de su opresor, España triunfante, Murat fusilado en Pizzo, y Napoleon espirando en la solitaria roca de Santa Elena, son elocuentes ejemplos de universal enseñanza para los pueblos, y terribles lecciones para los tiranos.

¡Que nunca olviden las naciones que el querer ser libre es poder serlo! ¡Que nunca olviden sus opresores, que quien esclaviza á sus hermanos se rebela abiertamente contra las leyes de Dios! ¡Que los españoles contemplen siempre tan grande, tan memorable leccion cifrada en esta fecha sublime:—*¡Dos de Mayo!*

NARCISO CAMPILLO.

FIESTAS EN SEVILLA.

Famosa es en Europa, y áun en el orbe, la monumental Sevilla, por las fiestas solemnes con que se conmemoran en la ciudad del Bétis los sagrados misterios que celebra la Iglesia católica en los dias de Semana Santa.

Ya hemos publicado en uno de los últimos números un largo artículo crítico histórico relativo á las memorables *cofradías*, y debemos ocuparnos en éste de bosquejar rápidamente (puesto que son estrechos los límites que se nos han fijado) las principales fiestas celebradas en el año actual.

Casualmente, residia en Sevilla por una temporada el ilustre maestro don Hilarion Eslava, y el clásico y grandioso *Miserere* de este inspirado compositor ejecutóse en la gótica catedral en las noches del Miércoles y Jueves Santo: verdadero acontecimiento musical que formará época en los anales filarmónicos de Sevilla, y con el cual fueron sorprendidos agradablemente los innumerables extranjeros, ingleses la mayor parte, que habian concurrido á las fiestas.

Las *cofradías* y hermandades religiosas desplegaron sus galas más brillantes, y llevaron procesionalmente las renombradas esculturas que forman los *Pasos*, obras selectas de Montañés, Roldana y otros esclarecidos artistas.

A las solemnidades religiosas sucedieron las fiestas taurinas; la feria, animada este año como ninguno, en la cual se alcanzaron resultados provechosos en considerable escala; un gran baile en el Casino sevillano, la apertura de la temporada de ópera italiana en el magnífico coliseo de San Fernando, la Exposicion artística, las funciones extraordinarias en el circo ecuestre de Price, las carreras de caballos en Tablada, y una fiesta literaria celebrada el 23—aniversario de la muerte del gran Cervantes,—por la Academia de Buenas letras en la Iglesia de la universidad, museo que atesora valiosas joyas artísticas y no pocos monumentos históricos.

El grabado que publicamos en la pág. 221 representa el panorama que ofrecia la vega de Tablada en una de las tardes de las carreras de caballos. En primer término aparece el hipódromo, rodeado de una numerosa concurrencia; más allá el grupo de caballos que disputan uno de los premios; despues la tribuna de los jueces, y los palcos y galerías que ocupan el jurado, convite, sócios y demás asistentes. En el fondo, sobre extensa línea de verdura, formada por las arboledas de las Delicias, se alza la esbelta Giralda, acompañada de los calados remates de la gótica catedral.

Hace años que—si nuestros informes no son inexactos,—se introdujeron las carreras de caballos en el campo de San Roque, celebrándose varias veces bajo la iniciativa del general Don, que mandaba en Gibraltar, y mostraba grande empeño en que la guarnicion de aquella plaza adquiriera y conservase relaciones amistosas con los pueblos circunvecinos. Las fiestas hípicas del campamento se han sucedido sin interrupcion en aquella comarca por espacio de treinta años, tomando en ellas parte principalmente la oficialidad de la colonia y algunos vecinos de los pueblos inmediatos.

Del campo de San Roque la aficion se ha extendido por Andalucía; celébranse carreras de caballos en Jerez de la Frontera, el Puerto de Santa María y Sevilla, en cuya ciudad se han arraigado definitivamente.

El 21, primer dia de carreras, se disputaron cinco premios: consistia el primero en una medalla de oro, ofrecida por la ciudad al caballo que corriese 2.000 varas en 2 minutos y 45 segundos. Tomaron parte en la competencia los caballos *Piloto* y *Hermano*, y la yegua *Flor de España*, ganando el primero, propio de Mr. Lawlor, que hizo la carrera en 2 minutos 14 segundos.

El segundo consistia en 9.000 rs. otorgados por la Sociedad, para caballos y yeguas españoles y cruzados. Tres pruebas, 3.000 varas en 4 minutos. Corrieron *Avion*, *Carmoni*, *Elegante* y *Florinda*, ganando el primero, de la propiedad de don R. R. Balmaseda. Dió la primera vuelta en 3 minutos y 17 segundos, y la segunda en 3 y 14.

La tercera carrera, premio de la Real Maestranza de caballería, rs. vn. 3.000, para caballos y yeguas de raza española; una prueba, 4.500 varas en 6 minutos. Corrieron *Coriana*, *General Prim*, *Galgo*, *Hermano*, *Prusiano* y *Corcito*. Ganó *Hermano*, propio del capitan Wallace, recorriendo el círculo en 5 minutos y 25 segundos.

Cuarta carrera: premio de la Diputacion Provincial, rs. vn. 4.000, para potros de raza española, de 4 años ó ménos; una prueba, 2.000 varas en 3 minutos. Corrieron *Marmion 2.º*, *Huevar*, *Estornino* y *Caulina*. Triunfó *Marmion 2.º*, propio del señor marqués del Saltillo, en 2 minutos y 17 segundos.

Quinta carrera extraordinaria ó de guerra: premio el importe de sus matrículas, abonando la Sociedad hasta la cantidad de 1.000 rs. si no ascienden á estos. Disputáronlo *Malicioso* y *Conejo*. Ganó el primero, de la propiedad de don Ramon Algarra.

El segundo dia se verificaron las siguientes carreras: Primera: premio de la Sociedad, una medalla de oro para jacas españolas de ménos de 7 cuartas. Una prueba, 2.000 varas, sin sujecion á peso ni tiempo. Corrieron *Coriana 2.ª*, *Aguililla* y *Chirrina*. Ganó *Coriana 2.ª*, propia de don Manuel Campos.

Segunda: premio de la Sociedad, 7.000 rs., para caballos y yeguas de raza española; tres pruebas, 2.000 varas en 2 minutos 45 segundos. Corrieron *Piloto*, *General Prim*, *Galgo* y *Corcito*. Ganó *Piloto*.

Tercera: premio de la Sociedad, 4.000 rs., para potros de raza española y cruzados, de 4 años ó ménos; una prueba, 2.000 varas en 3 minutos. Corrieron *Caulina*, *Corcito*, *Cariñoso*, *Marmion 2.º* y *Estornino*; ganó este último.

Carrera fuera de programa: 1.500 varas, porfía 10.000 rs. Disputáronla *Flor de España* y *Hermano*; ganó el último por tres cuerpos de caballo.

Carrera extraordinaria: premio de jokey, club de Jeréz, para caballos y yeguas españoles y cruzados que no hayan sido inscriptos en las carreras de este año, ni obtenido premio en otras, sin sujecion á tiempo, peso ni matrícula. *Ali*, *Sabino*, *Clavel*, *Peregrino* y *Curiana* disputaron la joya, que consistia en una preciosa botonadura de perlas negras, que la simpática jóven de Jeréz, señorita de Agreda, colocó en manos del jóven Torres, jinete del caballo vencedor *Clavel*, propio de don Ramon Algarra.

Cuarta carrera: premio de la Sociedad, para caballos y yeguas de raza inglesa; una prueba, 4.500 varas en 5 minutos. Corrieron *Hidalgo* y *Florinda*, ganando el primero, propio de Mr. Davies, quien recibió un precioso medallon de oro y dos gemelos de manga, de oro tambien, preciosamente esmaltados.

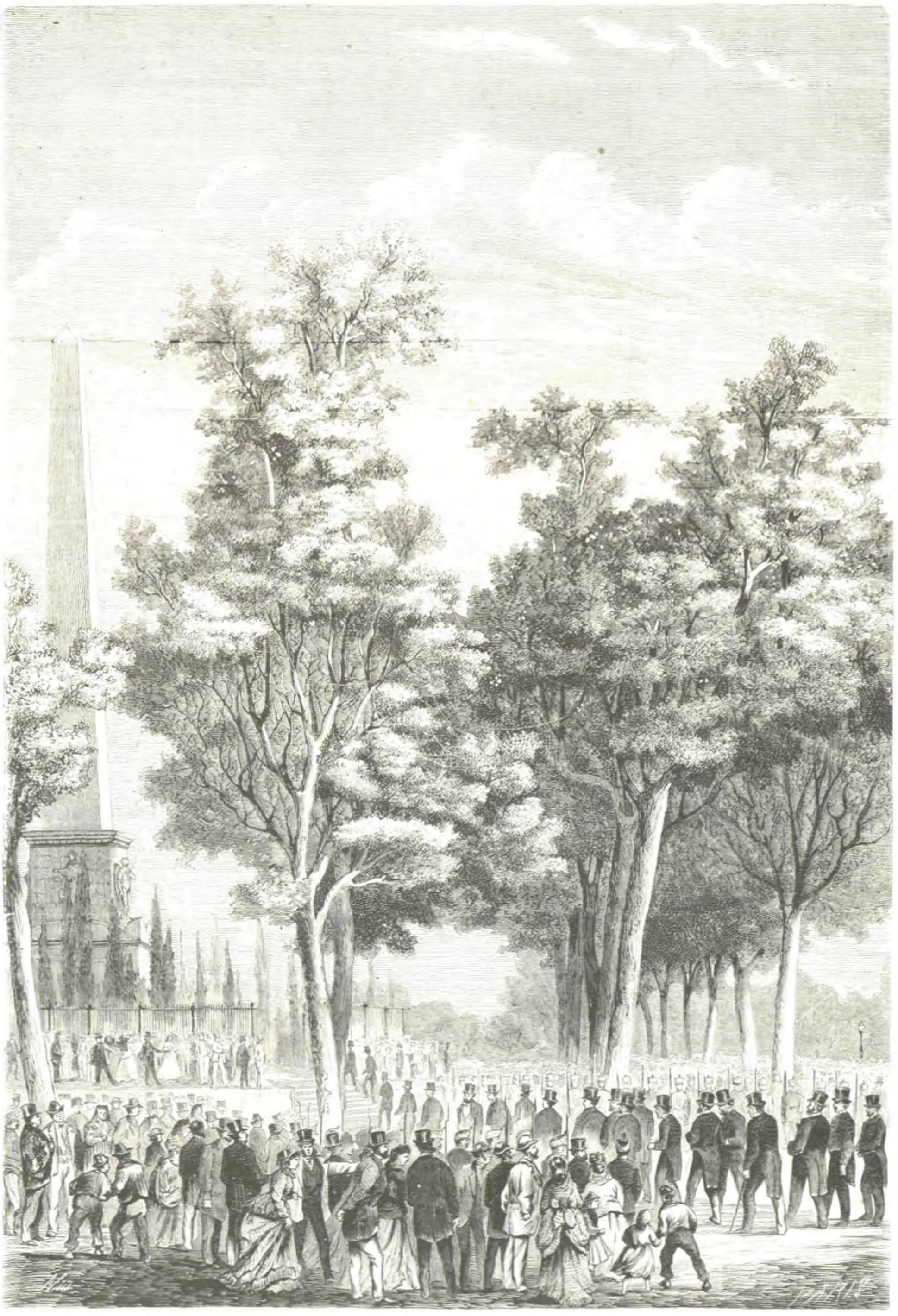
Quinta carrera, de saltos: premio del Excmo. Ayuntamiento de esta ciudad, rs. vn. 3.000, para caballos y yeguas de raza española y cruzada; una prueba, 2.000 varas, sin sujecion á tiempo ni peso. Disputáronlo *Piloto*, *Carmona* y *Hermano*; ganó *Carmona*, propio de Mr. Hardy.

Tales han sido, en resúmen, las últimas fiestas sevillanas.

Y es de suponer que en alguna de las plácidas noches de primavera con que el benigno Abril ha obsequiado á la poética reina del Bétis, los forasteros habrán tenido ocasion de observar la galante escena de costumbres andaluzas que se conmemora en el dibujo de la pág. 221, *Los amantes en la reja*, copia exacta de un precioso cuadrito del señor Bejarano, que la fotografía ha popularizado: nuestro dibujo está hecho por el mismo reputado artista.

Para concluir, nosotros veriamos con gusto que las carreras de caballos se aceptasen por otras ciudades de España, como fiestas nobles y de provechosos resultados.

Por lo demás, las funciones, en general, celebradas en Sevilla durante los dias de la feria de este año, han sido bien dignas de la hermosa y rica perla del Guadalquivir y de la inmensa concurrencia que las ha presenciado.



MADRID.—EL DOS DE MAYO: LLEGADA DE LA PROCESION CÍVICA AL CAMPO DE LA INDEPENDENCIA.

EL LLANTO DE LA VIUDA.—(Composicion de don Vicente Palmaroli.)

RESEÑA BIOGRÁFICA

DEL DOCTOR DON RAFAEL MARTINEZ Y MOLINA, CATEDRÁTICO DE ANATOMÍA EN LA FACULTAD DE MEDICINA DE LA UNIVERSIDAD CENTRAL.

I.

Si algun curioso, ó afecto á las solemnidades universitarias, hubiera cruzado por la calle Ancha de San Bernardo el dia 17 de Junio de 1853, á las dos de la tarde, habria llamado su atencion la fila de coches que enfrente del pórtico de la Universidad Central, esperaban la conclusion de algun acto académico que en aquel mismo instante debia tener lugar, en el magnífico salon de Grados de la primera Universidad del reino.

Si aguijoneado por la curiosidad, hubiese llegado al pié de su espaciosa escalinata, habria visto bajar, en ordenada procesion, los doctores de las diversas Facultades luciendo los variados colores heráldicos de sus borlas, y cerrando la marcha el rector del Cláustro profesional, dirigirse todos al majestuoso local académico, en donde los acordes y armoniosos ecos de una brillante orquesta, indicaban que se acercaba el momento de inaugurar el solemne acto literario á que aludimos.

Finalmente, si atraido por este conjunto de impresiones, hubiera penetrado en el salon y tomado asiento entre el escogido público que honraba esta grave, á la par que tierna ceremonia, hé aquí lo que fielmente habria presenciado.

Despues de ir dos doctores del Cláustro en busca del neófito y entrar éste seguido de su padrino en el salon, tomar ambos asiento, segun el ceremonial; y prévia la vénia del presidente, comenzar de esta manera el doctorado patrono, los títulos y merecimientos del nuevo graduando:

Excmo. Sr.: Tengo la envidiable honra de presentar á V. E. y al muy ilustre Cláustro de esta Universidad Central, al distinguido doctor en medicina y cirugía don Rafael Martinez y Molina, quien no considerando bastante campo á su laboriosidad, constante é ilustrada, la difícil ciencia de curar en sus dos latísimas direcciones, en donde mi digno ahijado tiene ya alto y merecido concepto, ha querido franquear la frontera de los Alpes comarcanos, y explorando en las amenas regiones de las Ciencias naturales, cuanto útil y provechoso pudiera llevar al terreno de sus especiales conocimientos, le veis hoy llegar á este templo de la ciencia, rico en abundosa cosecha de hechos y de ideas, adquiridos á fuerza de reflexivo y perseverante estudio, para que os digneis ceñirle la segunda corona doctoral, en Ciencias naturales, como justo premio á sus nuevos y altísimos merecimientos.

Ahora, permitidme que á grandes y condensados rasgos os trace, por segunda vez, el bosquejo biográfico-literario, de mi querido ahijado.

El doctor en medicina y cirugía, don Rafael Martinez y Molina, nació el año de 1817 en la histórica ciudad de Jaen: sus padres, don Francisco Martinez y doña Alfonsa Molina, aunque de posicion modesta, no escasearon medio alguno para proporcionar á nuestro digno candidato la instruccion fundamental de la primera enseñanza, grabando, sobre todo, en su tierno corazon, con la práctica diaria del hogar doméstico, las virtudes cristianas, en particular la modestia y la caridad, que tanto resaltan hoy en la vida privada y profesional de mi distinguido cliente.

Trasladado á Madrid, todavía en la tierna edad de la niñez, tuvo que vencer inmensas dificultades de todos géneros, para franquearse algun paso, aunque estrecho, á través del áspero y tenaz muro que halla siempre el obrero de la inteligencia, cuando sin más patrimonio que su fuerza de voluntad y sin otra piqueta que las gotas de sudor de su cerebro en vigilia, forma tenaz empeño en perforar con ideas acumuladas la densa y dura losa que le separa de la prosperidad y de la gloria.

Vencido este primero y colosal obstáculo de la vida social, pronto recorrió mi ahijado con paso de gigante el largo trecho que mediaba entre su modesto asiento de alumno aventajadísimo y el augusto sillon profesional. Bien es verdad, que las penetrantes miradas de águila de dos glorias quirúrgicas españolas, Argumosa y Fourquet, pudieron ver, frente á frente, en los rayos de la nueva inteligencia de su digno heredero, al legítimo acreedor de su paternal cariño y constante proteccion.

Apenas concluidos los estudios médicos, vemos ya al licenciado Martinez Molina medir sus potentes armas en pública y reñida batalla científica, grabando sobre su ya laureado estuche anatómico, los nuevos timbres nobiliarios de ayudante disector. Posteriormente, y animado siempre de ese móvil insaciable de laboriosidad que sienten los que, como nuestro compañero, todo lo fian al esfuerzo de sí propios, emprendió y llevó á feliz término las traducciones con notas de la Patología Quirúrgica de Nelaton y del Tratado de operaciones de Guerin, en cuyas obras, hoy en manos de todos los escolares, pueden admirarse dos bellísimas cualidades que el sabio traductor refleja en alto grado: científica la una y moral la otra: conviene á saber: bajo el modesto atavío de notas, sus grandes condiciones de eminente cirujano teórico-práctico, y citando con justicia y veneracion á su ilustre maestro, el grande Argumosa, demuestra su noble corazon, pues rinde un tributo de reconocido respeto al profesor y al amigo: rasgo noble, de que sólo son capaces las almas dignas y honradas.

Prolijo al par que molesto seria, en este instante, enumerar todas las notables pruebas de capacidad que en los difíciles cuanto variados senderos de las ciencias médicas, ha dado el doctor Martinez Molina; pero séame permitido, al ménos, citar algunas que han hecho época en la facultad de medicina: me refiero á las preparaciones de diseccion, especialmente la del nervio *trisplánico*.

Operador sereno y consumado, se le ve caer rápido como el relámpago y blando como la pluma, sobre el foco que ha de extirpar ó el miembro que ha de excindir, y una vez fijo en él, con precision matemática, no abandonar el campo sin llevar por delante cual trofeo de gloria conquistado con el filo de su seguro cuchillo, el efecto y muchas veces la causa de la grave enfermedad que de este modo alivia ó cura radicalmente.

Vedle si no practicar una y cien veces, con rapidez y seguridad indecibles, la delicada operacion de la talla ó la extirpacion de un pecho: miradle con qué tranquilidad espera sonriendo, quizá por el presentimiento de la segura victoria, el instante crítico en que ha de actuar: entónces es cuando empuñando casi un cortaplumas, se le ve luchar y vencer, hábil y denodado campeon, al enemigo parapetado y traicionero, origen del mal.

Mas ahora noto, que arrastrado por el recuerdo de los triunfos médicos del doctor Martinez y Molina, he retrocedido á su antiguo campo de glorias, olvidándome del que hoy cultiva con igual fruto y como complemento de aquel: aunque algo tarde, procuraré enmendar mi involuntario error, en lo que todavía me resta que ocupar vuestra benévola atencion.

Las ciencias naturales, que tan vasto horizonte abren en la inteligencia inculta del hombre, que tantas ideas luminosas hacen brotar en el cerebro humano, que cual otros tantos faros fijan en cierto modo el derrotero de nuestros limitados conocimientos por los ignotos mares del universal saber, han completado indudablemente la sólida educacion científica, que hoy posee y con creciente gloria utiliza, mi distinguido candidato.

La historia natural, en sus tres bellas cuanto interesantes ramas de mineralogía, zoología y botánica, y sus dos hermanas la física y la química, han sido cultivadas con prolija solicitud y notable aprovechamiento, por el doctor Martinez Molina: en particular la última ciencia, tan relacionada con su profesion, ha sido objeto de un estudio más detenido, siguiendo con su constancia habitual, y por espacio de cuatro años consecutivos, el curso de química general de la Facultad de Ciencias.

La manera tan hábil é ilustrada con que maneja la terapéutica y la higiene, el doctor Martinez Molina demuestra, entre otros varios modos, el provechoso uso que de esta ciencia, fundamental hoy para la medicina moderna, ha sacado en su práctica profesional.

No deseo fatigar vuestra atencion, detallando minuciosamente todos los pasos que el distinguido graduando ha dado, año tras año, en su segunda carrera de las ciencias naturales, emprendida y terminada en una edad en que generalmente se deja el estudio, teniendo que sacrificar un tiempo precioso y recursos materiales, adquiridos á costa de mil penalidades en su verdadera profesion utilitaria.

Debo anticipar, sin embargo, un hecho característico de mi amigo, y es que jamás ha dejado ni dejará de estudiar mientras viva; por lo ménos convendreis conmigo en esta afirmacion, viéndole todos los dias y á la misma hora, ilustrando gratuita y privadamente en su casa la novel inteligencia de los tiernos hijos de Esculapio. Esta sola cualidad, nos revelan ya en él dos grandes virtudes; la modestia y la conciencia profesional.

Antes de dar fin á mi honrosa mision, séame permitido daros á conocer á nuestro personaje científico, en un terreno nuevo, en donde nadie que le vea y oiga de ordinario, puede creer que raye á tanta altura: aludo á su indisputable mérito como escritor elegante, filosófico y hasta poético. Permitidme que, para demostrar mi aserto, elija al acaso en la misma erudita memoria que en breve os leerá y que tiene por objeto «investigar las relaciones que unen al hombre con los séres que le rodean,» cualquiera de sus bellísimos períodos; por ejemplo, aquel en que discurriendo sobre el influjo que ejerce en el organismo humano, bajo sus dos aspectos físico y moral, el medio en que nace, vive y se desarrolla el hombre, se expresa de la manera siguiente:

«Los felices climas del Mediodía, son la cuna de »esos genios fecundados por el fuego del sol. En los »países de la Grecia y de la Italia, tan favorables á las »bellas artes, á la música y á la poesía, es donde se »desarrollan inteligencias mucho más vivas y pene»trantes que las de otras naciones, influidas por un »ambiente frio ó rodeadas de una atmósfera sombría »ó nebulosa. ¡Cuánto mejor dispuesto no está nues»tro espíritu, en los bellos dias del estío, que en los »tenebrosos del invierno! El ánimo decae y la inteli»gencia se embota por la tarde y por la noche, al »paso que goza de cierta vivacidad por la mañana »cuando el sol domina el horizonte, como si el alma »fuera una lámpara que se encendiera sólo con la »presencia de aquel astro. Si no hubiera luz solar, es »muy probable que la especie humana ó no existiria, ó »vegetaria en un estado de imbecilidad, comparable »al de los animales oscuros, oculta en las cavernas de »la tierra y sumida en un continuo letargo.

»Recórranse todas las creaciones organizadas que »pueblan la tierra, y se las verá sometidas, mientras »dura su vida, no sólo á la accion de los climas per»manentes de cada region, sino tambien al imperio »de ese movimiento perpétuo de estaciones, especies »de climas pasajeros que visitan sucesivamente las re»giones de este globo, y que arrastran en su círculo, »constantemente renovado, á todas las existencias. »¡Qué escenas, en efecto, tan variadas nos presenta »la superficie terrestre en la revolucion del año y en »la sucesion de las estaciones entre los séres que ocu»pan las latitudes medias! Apenas el sol de primavera »asciende sobre el horizonte boreal, para avanzar há»cia el trópico de Cáncer, cuando todos los gérmenes »se desarrollan y despliegan: el árbol brota y el boton »florece, la nueva planta sale de la tierra, abriendo »con timidez sus primeras hojas, al soplo del céfiro »suave: el insecto rompe las envolturas de su huevo, »ó los lienzos que le fajaban en el estado de crisálida, y »el reptil aletargado se despierta y despoja de su árida »epidermis para presentarse brillante á las bodas de »la naturaleza. Por eso los poetas han celebrado á por»fía en sus cantos á la primavera, porque es la aurora »de la naturaleza, el reinado de las flores, la juven»tud del año y la época en que la tierra abre su fértil

»seno, para proveer al crecimiento y multiplicacion de »todas las criaturas.

»En esta feliz época todo respira amor; el cuadrú»pedo, en su pasion fogosa, retoza de alegria en me»dio de las praderas; el tierno pajarillo, bajo la verde »enramada, cuenta á su compañera su ternura y sus »caricias, y las plantas, á su vez, abriendo sus bri»llantes corolas para fecundarse, concurren á dar es»plendor y solemnidad á la gran fiesta de todos los »séres.»

En vista de lo expuesto, y en consideracion á los relevantes méritos de mi querido ahijado, espero que el Cláustro doctoral tendrá á grande honor el recibir por segunda vez, entre sus distinguidos miembros, y en la seccion de ciencias naturales, al eminente doctor en medicina y cirugía, don Rafael Martinez y Molina. *He dicho.*

Terminado el acto majestuoso y conmovedor á que nos referimos; estrechado cariñosamente el neófito entre los brazos de sus dignos compañeros, y despejado el salon bajo los mismos armoniosos acordes de la brillante orquesta, estamos seguros de que el anónimo espectador supuesto, al comenzar el presente artículo, llevaria grabado en su ánimo un justo y merecido concepto hácia el héroe de esta solemnidad científica, á la vez que aquella grata impresion comunicativa que ejercieron siempre en las almas sensibles, como en las inteligencias cultas, la mágica mezcla que las ondas sonoras y los grandiosos ecos de la ciencia formaban por aquellos tiempos, en dulce y santo consorcio y por todos los ángulos del régio paraninfo, en estas solemnes fiestas universitarias.

II.

Han pasado diez y ocho años desde el acto académico que hemos procurado bosquejar; y como era fácil predecir ya, desde aquella época ha ido cada vez más en aumento la justa celebridad del distinguido doctor Martinez y Molina.

Su famoso discurso, leido en la solemne sesion inaugural de la Academia de Medicina y Cirugía, de que es miembro numerario, en el año de 1867, y en el que, despues de ofrecer un magnífico cuadro de la ciencia anatómica, se ocupa de sus progresos modernos y de las aplicaciones de que es susceptible, da la más cabal medida de su autoridad magistral en este importante ramo de las ciencias médicas. Este trabajo, calificado de clásico por las personas más competentes, valió á su distinguido autor el puesto honorífico de socio correspondiente de la Academia de Medicina de Nantes, viniendo de esta manera á aumentar este nuevo título el catálogo, no escaso por cierto, de diplomas y condecoraciones, que modestamente tiene archivados, pero agradecido estima, en justo premio de su laboriosidad y profundo saber.

Respecto á aquella prediccion, anunciada por su padrino ideal, al presentarle como doctor en ciencias ante el cláustro universitario, de que nunca dejaria su cliente el estudio mientras viviese, se va cumpliendo de una manera rigurosa á través de los años trascurridos: en efecto, cualquiera que de siete á ocho de la noche penetre en la biblioteca de nuestro querido amigo y compañero, le verá á la cabeza de nutrida cohorte escolar, inculcándoles gratuitamente, con la precision del consumado maestro y la bondad paternal del sacerdote científico, el tesoro de sus profundos conocimientos, acumulados por él, dia tras dia, durante largos años de penosos estudios y sacrificios sin cuento. Hay algo de religioso y solemne en el aspecto que ofrece semejante cuadro, y no es en verdad donde ménos brilla la ilustre figura del sabio profesor que estamos retratando.

Otra virtud notable resalta, en fin, en el doctor Martinez Molina, que es la que más le enaltece á nuestros ojos: á saber, una gran bondad de carácter, unida á los sentimientos más puros de caridad cristiana. Jamás se borrará del alma agradecida, uno de tantos ejemplos como podiamos citar en apoyo de esta afirmacion: séanos permitido consignarla, como expansion de perpétuo reconocimiento, por más que á su recuerdo restañe sangre nuestro desgarrado corazon, y sufra tortura la excesiva modestia del catedrático insigne á que aludimos.

Se trata del triste y doloroso acontecimiento que va á tener lugar en el seno de una familia atribulada y muy amiga del doctor Martinez Molina. Un jóven de 19 años, alumno de 5.º año de medicina, y por lo tanto discípulo suyo, lucha en el lecho del dolor con una terrible é insidiosa enfermedad, que lo conduce rápidamente al sepulcro en la lozana primavera de la vida.

En vano se han reunido en torno del interesante enfermo, dicha y esperanza de sus afligidos padres, el profundo saber, el exquisito celo y la abnegacion profesional de los eminentes doctores y consumados maestros Asuero, Seco Baldor, Velasco, Martin de Pedro y el profesor de que nos ocupamos.

Dios le llama á su seno; y aunque todos colectivamente y cada uno en particular, agotan los recursos de sus grandes conocimientos facultativos y hacen cuantos esfuerzos son imaginables, en el doble concepto de ciencia y cariño excepcional, sólo consiguen detener la marcha rápida y asoladora de la insaciable muerte: hasta que cumpliendo ésta el terrible mandato de Aquél, de donde emana toda ciencia y la vida, fueron estrechándose con rapidez aterradora, los últimos y reducidos pasos que separaban su débil existencia del reposo eterno.

En este instante solemne, cuando ya no habia más medicinas que propinar al moribundo que la que administra nuestra santa religion para purificar el alma, en su rápido vuelo al seno de su divino Hacedor, no podremos olvidar nunca, áun en medio de nuestra profunda desgracia, la aptitud sublime del doctor Martinez Molina, que providencialmente se halló en estos dolorosísimos momentos, y que disimulando como todos sus ilustres y dignos compañeros, el hondo pesar que sentian á la vista del simpático enfermo y ante su amantísima familia, persuadidos desde un principio de su inevitable pérdida, todavía sacaba del rico arsenal de sus conocimientos cuantas armas podia esgrimir para prolongar un minuto más la preciosa existencia de su querido alumno. Llegado el lance tremendo, el sacerdote de la ciencia trocó su grave y austera serenidad profesional, por la tierna solicitud del amigo cariñoso y cristiano. Sus oraciones, como su profunda pena, se mezclaron con las lágrimas y oraciones de la atribulada familia, condenada á la densa sombra del dolor para mientras viva.

Perdónenme los eminentes doctores, ántes citados, que saque aquí á plaza sus ilustres nombres colectivamente reunidos: así están en mi reconocido corazon; y como no sé hacer ni escribir nada sin que brote en seguida á mi memoria el recuerdo del hijo de mi alma, no deben extrañar que al escribir por vez primera para el público estos apuntes biográficos, cediendo á las reiteradas instancias del activo é inteligente editor señor don Abelardo de Cárlos, consigne en este lugar sus distinguidas personalidades y me apresure á rendirles completa justicia, dulcificando á la vez un tanto mi ánimo con el bálsamo de mi perpétua gratitud.

Perdóneme tambien mi querido amigo y compañero el doctor Martinez Molina, y sobre todo, perdóneme la cirugía patria si he dejado á medio bosquejar la gran figura de uno de sus más dignos é ilustres representantes.

DR. RAMON TORRES MUÑOZ DE LUNA.

Madrid, Abril 1871.

LIBROS NUEVOS.

La Capitana Cook. Estudio de Viajes, por don José de Castro y Serrano. Madrid, Abril de 1871.

Los ocho grandes tomos de los célebres viajes del capitan Cook, cuyos descubrimientos enriquecieron la geografía de un modo extraordinario, tienen ménos atractivos y no recrean ni distraen con la sabrosa amenidad ni el exquisito deleite que resulta al leer el viaje desde Madrid á Pinto, impreso con el título arriba señalado.

La última obra del señor de Castro interesa, sin que en ella se apele al misterio, ó al terror, ni se describa cosa alguna aborrecible para la conciencia más pura y el alma más inocente. Nuestro autor excita la atencion agradablemente sin recurrir, como muchos novelistas tan en boga hoy dia de la fecha, á trazar la ejecucion de crímenes, las agonías de los culpables, las peripecias que al descubrimiento del delito conducen, ni las traiciones, envidias, fraudes, torpes ambiciones, asesinatos atroces, y todo ese linaje de desenfrenadas pasiones y elementos del mal con que despiertan la curiosidad los escritores aludidos.

Al contrario, *La Capitana Cook* es un cuadro donde sólo hay virtud, bondad, dulzura, desinterés, amor puro de padres, hijos y hermanos: todo eso pintado con sentimiento y poesía, con mucha gracia y buen humor, delicado y original, de tal manera, que resulta un conjunto tan primorosamente pintoresco, que cautiva, arrastra y embelesa.

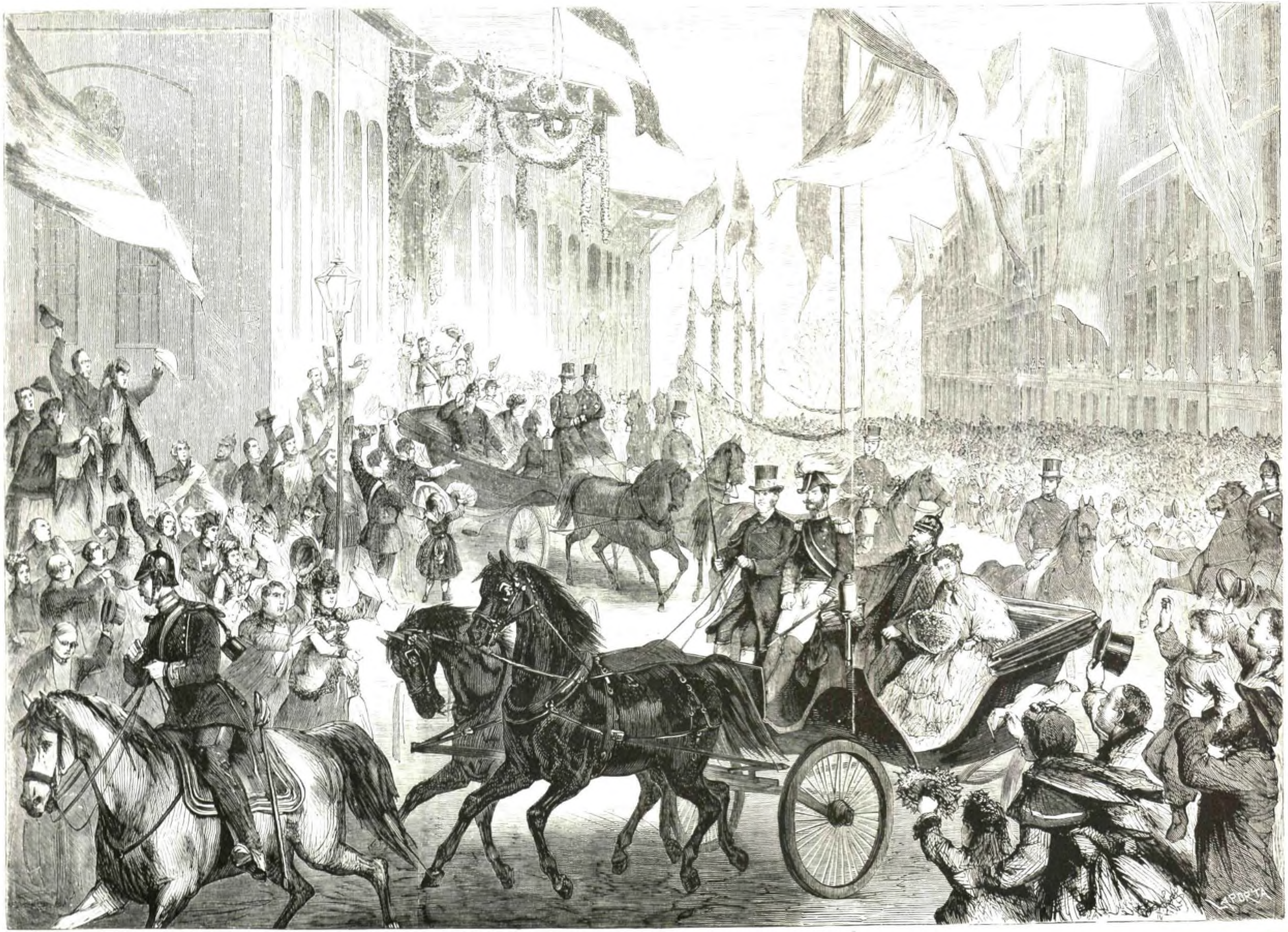
Á fin de patentizar hasta cierto punto la exactitud de tales observaciones, quisiéramos disponer del espacio suficiente para trascribir aquí algunas páginas del novísimo libro del señor de Castro. Mas ni la brevedad á que hemos de obedecer lo consiente, ni nuestro deseo de no perjudicar el efecto de la obra, dando fragmentos de ella, lo autoriza.

Cuantos lean *La Capitana Cook* aplaudirán lo que sus páginas dicen de la familia y sobre las lágrimas por el niño muerto, angelical sembradura de donde brotan manantiales de amor para los hijos. La clasificacion de las mujeres en claras y oscuras ó en masculinas y femeninas; la descripcion de un ferro-carril, esas barras brillantes y bien unidas, aquellas ruedas rechonchas y seguras, aquel animal de hierro que grita, se mueve, respira, se encabrita, se empenacha y obedece al domador como elefante civilizado; la reseña de lo que es la lumbre y la electricidad; la pintura de los sueños, la del perro, y todas las de esta novela, prueban que el señor de Castro es un fotógrafo cuyos aparatos y reactivos están en su mágica pluma, la cual ha trazado una obra donde se enlaza primorosamente la realidad á la ficcion, y á la que ni en fuerza de observacion, ni en verdad de caractéres, ni en profundidad de pensamientos, ni en gala de estilo y de colores, ni en lo exacto, ni en lo fresco y lozano, excede ninguno de los libros de su género, que se leen con placer y se admiran con aplauso.

El Aire y el Agua. Apuntes sobre la Historia de estos Cuerpos y sus Funciones en la Vida vegetal, por don Lino Peñuelas y Fornesa. Del cuerpo de Ingenieros de Minas.) Madrid, 1871.

Entre todas las carreras científicas, la de ingenieros de minas está considerada como la primera en Alemania, Austria, Suecia, Inglaterra y Francia; porque los estudios que dicha carrera abraza de las ciencias exactas, físicas y naturales, son mucho más extensos, numerosos y variados que cuantos comprenden las otras profesiones de este género. Si acerca de lo anterior y tratándose de la misma carrera, no abundaran pruebas en España, podriamos aducir como una de tantas, y hasta cierto punto plena y perfecta, la obra que se acaba de publicar con el título arriba trascrito. El libro del señor Peñuelas es un excelente tratado, lleno de datos curiosos, interesantes é instructivos para toda clase de lectores, y muy digno de leerse por los inteligentes, así como de figurar en las más selectas bibliotecas.

Nuestro autor demuestra que ha estudiado los asuntos que trata, no sólo con los conocimientos de quien posee exactamente la química, la física, la fisiología vegetal y otras ciencias, sino como filósofo espiritualista y religioso que presenta puntos de vista generales, deduciéndolos de hechos positivos, de pormenores técnicos y de importantes datos especiales y concretos. Narra las opiniones que desde los tiempos más remotos se han emitido acerca del aire y del agua, fijándose muy particularmente en las que teniendo por base la experimentacion, han conducido á revelar la realidad verdadera y positiva. Expone los últimos adelantos científicos relativos á su asunto con exactitud, segun resultan de los trabajos originales más autorizados, sin incurrir en las equivocaciones lamentables



BERLIN.—LLEGADA DEL EMPERADOR GUILLERMO I, Á SU REGRESO DE FRANCIA.

BERLIN.—LLEGADA DE LAS PRIMERAS TROPAS, DESPUES DE LA PAZ.

que tanto abundan en artículos y libros escritos para vulgarizar las ciencias, los cuales perjudican, pues propagan verdades incompletas, exageraciones y errores cubiertos con una capa llamada impropiamente científica, lo que sin duda es mucho peor á veces que el error mismo.

De otra parte, el libro que anunciamos, aunque científico, reune tantos atractivos y está escrito con tan gran claridad y soltura, que sus páginas son siempre amenas, sin que nunca fatigue la erudicion que por todas partes resplandece.

Á todos debe interesar el conocer lo que es el aire, ese gran laboratorio de la tierra donde las sustancias se trasforman, condensan y precipitan, segun determinadas leyes. Los espectáculos más brillantes de la naturaleza se verifican en el aire atmosférico; en él se forman las nubes y se produce el rayo, lo mismo que la escarcha, el rocío, las lluvias y las tempestades: en él nacen los vientos que llevan el gérmen fructificante de las plantas, ó la fuerza desoladora que arranca los árboles y destruye las ciudades. Al aire se le considera como el vehículo de esos miasmas deletéreos que diezman la humanidad; al aire atribuimos el poder de alejarlos; el aire, en fin, es el origen del bien y del mal. ¿Quién, pues, se sorprende, porque los hombres de ciencia investiguen, analicen y estudien afanosamente el aire atmosférico?

No es ménos interesante el estudio del agua, que en su perpétuo movimiento dá animacion y vida á todos los séres de la tierra. Nuestro autor examina el agua, y la sigue paso á paso en todas sus manifestaciones, haciendo comprender las causas que la mueven, el camino que recorre y los efectos que produce. Nos habla del inmenso espacio ocupado por las aguas, que cubre las dos terceras partes de la superficie de nuestro globo, donde los ríos mueren: del Océano, trasmitiendo sus ondulaciones de uno á otro polo, y cuyo eterno movimiento, tan lento y suave unas veces, que segun Schleiden parece una respiracion tranquila, es otras tan violento, agitado y terrible, que con ninguna cosa tiene comparacion.

Pero si los espectáculos que el mar ofrece son imponentes y á menudo maravillosos, no sorprende ménos el examnar al microscopio una sola gota de agua con infinidad de séres que se mueven agitadamente, que tienen instintos, que tal vez sienten amor y ódio, que se acarician y se devoran. ¡En una gota de agua se dan batallas! Una gota de agua con sus millones de

habitantes ofrece tantos prodigios, como una nebulosa con sus millones de soles.

Nadie ignora que las lluvias fertilizan los campos, que purifican el aire, que producen la salud y el bienestar; así el señor Peñuelas consagra una parte de su libro á poner de manifiesto la influencia de los bosques para atraer las aguas. Suprímanse los bosques, y queda suprimida el agua En los paises donde no hay árboles, no existen ni rios ni ganados; todo está estéril, yermo y despoblado. Donde quiera que desaparecen tales plantas, los campos quedan secos; y si alguna vez el agua cae sobre ellos, viene acompañada de tempestades é inundaciones terribles que todo lo destruyen. Talando los árboles, arrancamos á la naturaleza su más hermoso ornamento y la agricultura se pierde; al hombre se le quita el medio de satisfacer sus más apremiantes necesidades, y la tierra se hace árida é infecunda, sumergiendo á sus débiles y desgraciados habitantes desde la ruina hasta la muerte.

Es indudable que el libro, objeto de las anteriores breves observaciones, es uno de los más amenos, instructivos y útiles de cuantos se han publicado últimamente en España sobre un asunto de tanto interés é importancia.

Apuntes interesantes sobre las Islas Filipinas, que pueden ser útiles para hacer las reformas convenientes y productivas para el país y para la nacion, escritos por un español de larga experiencia en el país y amante del progreso. Madrid, 1870.

Todo lo referente al Archipiélago filipino, donde España tiene cerca de cinco millones de habitantes, merece atencion y estudio, el cual debe ser mayor cuando se trata de un trabajo como éste, resultado de la prolongada residencia en aquellas regiones de una persona con conocimientos prácticos de los asuntos que discute. El autor de estos *Apuntes* manifiesta que las Islas Filipinas ofrecen un hermoso porvenir para España si sabe reformar acertadamente su política colonial y las gobierna con circunspeccion y mesura, respetando los sentimientos é instintos del pais, y teniendo presente que allí existe una raza inocente, sencilla y patriarcal, que ha de ser mandada y dirigida por medios más morales que materiales.

El autor anónimo de este libro, despues de advertir que tiene opiniones democráticas; expresa que ha residido mucho tiempo en Cuba y Filipinas, lo cual le ha facilitado medios para estudiar en todos sus aspectos ambos paises y presentar comparaciones, las que aparecen por completo en favor de las islas de Magallanes. — Los *Apuntes* aludidos contienen importantes datos sobre estadística y administracion, y resúmenes de publicaciones acreditadas referentes á las cuestiones que trata, cuyo total conjunto forma una obra de estudio y del mayor interés para cuantos tengan que ocuparse de los asuntos del Archipiélago filipino.

Las Guerras de Sucesion de Portugal y España desde 1826 hasta 1840: con un Resúmen de la Historia política de Portugal y España hasta la época actual. Por Guillermo Bollaert. Lóndres, 1870. (*The Wars etc.*)

El autor de este libro, despues de servir á los liberales portugueses durante un año, cambió de opiniones y regresó á España empleado como agente secreto de Don Cárlos.

Ni con los liberales portugueses, ni al servicio del absolutismo español, consiguió Mr. Bollaert ningun alto puesto que le proporcionase medios para conocer la política secreta que impulsaba y dirigia los negocios de aquellos partidos.

Así, el escaso mérito de esta obra estriba en las noticias que contiene acerca de lo que era un vagamundo político de aquella época, y en las referentes á las costumbres y opiniones de las clases de la sociedad con las que se juntaba. Pero Mr. Bollaert no se ha limitado á escribir sus memorias, sino que tiene pretensiones de historiador, para lo cual ha aglomerado en los dos gruesos tomos de que consta su obra, una cantidad enorme de materiales, algunos sin valor, otros de cierta importancia, los cuales ni áun medianamente siquiera ha sabido elegir, coordinar ni refundir para que formen un trabajo que corresponda á las exigencias de los adelantos de la historia en la época actual.

El Drama Español, por J. L. Klein. Tomo I. Leipzig, 1871. (*Das spanische Drama.*)

Este tomo es el 8.º de una *Historia del Drama* que Klein está publicando, y sólo trata del origen del teatro español y de la crítica de las composiciones en prosa y verso, anteriores á las primeras obras representadas. Dicho orígen es de una época mucho más remota que la fijada generalmente; pues Klein establece que los primeros gérmenes de nuestro drama, datan del año 380. Además se indica como otra fuente de nuestro teatro, las lamentaciones en conmemoracion del martirio de los hijos de Alí, que fueron introducidas en España por ciertos califas. Acerca de este punto, ha utilizado nuestro autor las investigaciones recientes de Chodzkos sobre el *Táziyah*, ó sea la tragedia, en memoria del martirio de Hosein y Hassan; pero ni en la *Bibliotheca Arabia-Hispania Escurialensis* de Casiri, ni en otras publicaciones, hay indicios de que entre los árabes existiera literatura dramática alguna. Sentimos carecer aquí de espacio para indicar, siquiera muy ligera y abreviadamente, algo acerca de la profunda erudicion que Klein demuestra en el grueso tomo cuya reciente aparicion anunciamos. Dicho autor, además de haber reunido una infinidad de datos preciosos relativos al teatro español, escribe tan elegante y animadamente, que su obra merece por todos conceptos el ser traducida á nuestro idioma.

EMILIO HUELIN.

EN EL BANQUETE DE BODA

DE MI BUEN AMIGO CÉSAR F.

Dos caminos tiene el hombre
en este pícaro mundo:
hacer el papel de César,
ó hacer el papel de Bruto.
César llega, vé, y se casa,
rinde á la familia culto,
y es marido, padre, abuelo,
y *aindo mais*, si vive mucho.
Bruto libertad predica
en la plaza y el tugurio;
no conoce más cadena
que la de un reló que tuvo,
y por ser libre asesina
del corazon los impulsos.
Los abrojos del primero
son flores para el segundo;
pero aquél es el que fuma,
y éste el que se traga el humo.

—

Gala de la soltería
yo fui más de siete lustros;
y si hay mancebos difíciles,
era yo de los mayúsculos.
Odié tanto la *casaca*,
que ni por fuerza ni gusto
consentí ser miliciano
las tres veces que los hubo
desde el cuarenta inclusive
al actual setenta y uno.
No es, sin embargo, que fuera
mi vocacion de cartujo,
ni que el travieso Cupido
no me cobrara tributo;
pero ser libre, ser libre
era mi sueño, mi orgullo,
y esta suprema ventura
me halagaba hasta tal punto,
que los tesoros de Creso,
y los manjares de Lúculo,
y el talento de Demóstenes,
y la fuerza de Saturno,
que es la fuerza... digestiva
que conozco de más bulto,
nada envidia me causaba
ni emulacion ni disgusto.
Mas cátate que una tarde,
no sé si de Mayo ó Junio,
se enredaron con los mios
unos ojillos oscuros,
y olvidando mi programa,
exclamé: ¡Señor, sucumbo!
Y aquí me tienen ustedes
de César cantando el triunfo,
y aconsejando á los hombres,
sean solteros ó viudos,
que no se olviden de César
y que dejen de ser Brutos.

MANUEL DEL PALACIO.

Marzo, 1871.

UN HECHO HERÓICO.

En cartas de la isla de Cuba recibidas por el último correo, nos envian nuestros corresponsales detalles curiosos de la heróica defensa hecha en la torre óptica de Colon, vulgarmente llamada de Pinto, por veinticinco cazadores de Chiclana, á las órdenes del jóven y valiente alférez don Cesáreo Sanchez.

Alzase aquella torre á pocas leguas de Puerto-Príncipe, y á unos 200 metros empieza la manigua, ocupada por las bandas de los insurrectos cubanos.

Al caer la tarde del 19 de Febrero último, observó el alférez Sanchez varios grupos de gente sospechosa que aparecian á lo léjos en actitud hostil, y creyó desde luego que los insurrectos proyectaban atacar la débil posicion que con sus bravos cazadores defendia.

En efecto, al romper el alba del 20, el enemigo atacó el reducto español, formando tres líneas de fuegos: una de negros, en la misma estacada, que fué destruida bien pronto; otra de mulatos y blancos, y á retaguardia los jinetes. Todos, en número de quinientos, estaban perfectamente armados.

La primera descarga la sufrió el centinela que estaba en la parte alta de la torre, y quedó herido; pero como el alférez Sanchez estaba ya receloso, á causa de las observaciones hechas en el dia anterior, todos los soldados de la guarnicion, desde que sonó el primer tiro, estaban en sus puestos.

Hallábanse los valientes cazadores, al principio del ataque, en el segundo cuerpo de la torre, y hubieron de abandonarlo y bajar al primero, porque las balas de los insurrectos atravesaban las tablas y causaban gran daño á los sitiados: uno de los primeros heridos fué el alférez Sanchez, que recibió un balazo en la pierna derecha; pero el ánimo del esforzado jóven no desmayó por este contratiempo.

En breve tiempo los cazadores se encontraron sin jefes: el sargento, Garabito Fernandez, tenia algunos balazos, y su estado era muy grave; el cabo primero, Suarez, habia recibido una bala en la frente, y quedó muerto en el acto; otro cabo (cuyo nombre sentimos ignorar) tambien era ya cadáver, y el tercer cabo, José Brias y Biscari, estaba igualmente herido. Por manera, dice una carta que tenemos á la vista, que estaban muertos ó heridos todos los que tenian el carácter de mando, y habia además dos soldados muertos, trece heridos de gravedad y tres más levemente.

Hora y media hacia que el fuego del enemigo era intenso, y las carabinas de los sitiados abrasaban; el alférez Sanchez ya no pudo tenerse en pié, y se recostó detrás de la puerta de la torre, con una hacha en la mano, para morir allí, si fuese necesario, defendiendo la entrada.

Las municiones se agotaron, hasta las que habia guardadas en dos cajas de reserva, y los pocos valientes que aún resistian se vieron precisados á utilizar las que contenian las cartucheras de los compañeros muertos y heridos: tres carabinas únicamente daban fuego, y los pocos bravos que se batian con tal heroicidad esperaban de un momento á otro el asalto.

Pero todavía tenian alientos para defenderse desesperadamente, y cuando los rebeldes los gritaban que se rindiesen, los seis ú ocho cazadores que no estaban heridos ó contusos, respondian por todos: *¡muertos ántes que rendidos!...* Un negro se atrevió á asaltar el parapeto, pero de un bayonetazo fué muerto y lanzado al foso; un jefe insurgente se presentó en la primera fila para ordenar el asalto y animar á los suyos, y recibió una bala en el pecho, y cayó bañado en sangre para no levantarse jamás.

Desde este momento, atemorizados los insurrectos, quizá llenos de vergüenza y miedo, sólo pensaron en retirarse á la manigua, y huir.

Un corresponsal, testigo ocular, escribe:

«En una sola carta no es posible decir todas las peripecias de este gran hecho de armas; pero no puedo ménos de referir la hazaña que llevó á cabo uno de estos héroes, el más humilde: el corneta de los cazadores sitiados.

En vista de tanto hombre derramando sangre, el alférez Sanchez mandó á su asistente que montase á caballo y fuese á avisar de lo que habia pasado á la primera torre óptica.

Pero á poco trecho del reducto vió gente armada, escondióse en la manigua, ató el caballo al tronco de un árbol, y volvió á Colon para decir al jefe lo que habia observado. Y en seguida añadió el corneta Máximo Garrido:

—Pues yo iré hasta Puerto-Príncipe, y daré la noticia.

—¡Anda, y que Dios te ampare!—le contestó el alférez Sanchez.

El asistente le mostró el sitio en donde estaba atado el caballo, montó en éste Garrido, atravesó el camino á escape, se metió por el monte á pesar de la gente

que veia, y llegó con felicidad al punto de su destino.»

Inmediatamente salió fuerza de caballería, y poco despues emprendieron la marcha dos compañías de ingenieros y la contra-guerrilla de Carrió.

Tal fué la defensa de la torre óptica de Colon: hazaña que guardarán los anales de la patria, y el nombre del alférez Sanchez y los de los veinticinco cazadores de Chiclana quedarán escritos perpétuamente en las tablas de la fama.

Para el grabado de la pág. 220, que conmemora este glorioso hecho de armas, hemos tenido á la vista un cróquis, del natural, que nos ha remitido un jóven aficionado, voluntario de Puerto-Príncipe; mas pretendiendo tomar algunos datos *oficiales*, con el objeto de rectificar nuestro dibujo, en caso necesario, nos ha sorprendido la imposibilidad material de llevar á cabo nuestra pretension.

En nuestro juicio, los ministerios de la Guerra y de Ultramar debian poseer, hace ya dias, no sólo todos los detalles, hasta los más minuciosos, referentes á la defensa de la torre de Colon, con la vista y plano de ésta y de las posiciones que ocuparon los rebeldes durante el reñido ataque del 20 de Febrero, sino tambien un gran cuadro fotográfico con los retratos del valiente alférez don Cesáreo Sanchez y de los pocos héroes que sobrevivieron.

Si estas medidas se tomasen por los centros oficiales, con respecto á cuantos hechos dignos de loor y de recordacion ocurriesen en nuestra patria, la prensa ilustrada (*que es la verdadera crónica contemporánea*, por lo mismo que es imparcial) no encontraria á veces, grandes vacíos difíciles de llenar.

EL LLANTO DE LA VIUDA.

El precioso dibujo que publicamos en la pág. 225, es una poética composicion del distinguido artista don Vicente Palmaroli.

Cierta noble dama, jóven y hermosa, cubre de besos y riega con ardientes lágrimas el retrato de su marido: éste, bravo caballero, habia muerto en el campo del honor, peleando como bueno por su rey y por su patria.

Encima del retrato está colgada, á manera de *ex-voto*, la espada del valiente caballero, y sobre un tallado mueble, de gusto clásico y delicados detalles, osténtase la ya abandonada armadura.

Verdaderamente que el cuadro del Sr. Palmaroli trae á la memoria la España caballeresca y cristiana de la Edad Media, — aquella España guerrera é indomable que inició en Covadonga la restauracion monárquica, y tuvo alientos para clavar los pendones de Castilla, despues de siete siglos de combate, en los morunos adarves de Granada.

El cuadro original (de menores dimensiones que nuestro dibujo), pintado al óleo por el mismo renombrado artista, es propiedad del Excmo. señor marqués de la Vega de Armijo.

LA VUELTA DE LOS VENCEDORES.

A mediados de Marzo último entró en Berlin el emperador de Alemania.

Ocho meses ántes, el antiguo marqués de Brandemburgo, que venció al Austria en Sadowa y humilló á la Francia, habia salido al frente de sus aguerridos ejércitos, verdadera nube de soldados, para responder al arrogante desafío de Napoleon III: acompañábanle las bendiciones del pueblo aleman, y los poetas de allende el Rhin excitaron con sus cantos patrióticos el ardor belicoso de sus hermanos.

El himno *Wacht am Rhein* (el acecho en el Rhin) resonó en los combates de Wissemburgo y Wohert, y las canciones entusiastas de Arudt y Korner y Freiligratt se oyeron tambien en las gargantas y desfiladeros de los Vosgos, en las llanuras de Nancy y en las murallas de Metz, la *pucelle, l'imprenable*.

En tres meses, la altiva Francia vió caer en poder de sus eternos rivales las poblaciones más importantes de la gran monarquía de Luis XIV: Rouen, Nancy, y Metz; Strasburgo, *la llave de la casa*, el atrevido baluarte de la Alsacia; Reims, el santuario de la antigua monarquía francesa; Dijon, la corte famosa de los duques de Borgoña; Laon y Soissons, castillos imponentes de los pasados reyes; Orleans, la ciudad de Juana de Arco; Tours, la hermosa capital de la Turena...

Paris sucumbió tambien, y los triunfantes alemanes, pasaron por debajo del Arco de Triunfo de la Estrella, cantando el himno guerrero que entonaba el pueblo berlinés, reunido en el paseo de los Tilos, el dia en que el rey de Prusia entónces, hoy emperador de Alemania, montaba á caballo para dirigirse á los campos del combate: —¡*Wacht am Rhein!*

Pero corrió la sangre de los vencedores, y las tocas de las viudas y los lutos de los huérfanos se veian en casi todas las poblaciones de Alemania.

Los mismos poetas que cantaban la guerra, empezaron á cantar la paz, y á los oidos de Guillermo I debió de llegar este brioso acento de Moritz Hartmann, uno de los vates más esclarecidos de Alemania:

«¡No más asesinatos! ¡No más horrores! ¡Basta ya!... Nuestro honor está satisfecho, y las armas alemanas han probado su fuerza...

¡Atrás, oh rey!... No quieras ser un Genserico.

Ya las iras se concentran en todos los corazones contra tus caballos blancos; devuélvenos el bien por el mundo ansiado: devuélvenos la gloria, la única gloria que hemos conocido hasta hoy: ¡la paz!

Sí; porque con la paz se ama á los hombres, y el amor á la humanidad se desvanece en medio de los incendios de las ciudades y en medio de los ensangrentados campos de batalla...»

La paz se hizo, y el emperador de Alemania volvió á Berlin.

Su entrada en la capital está reproducida en el grabado de la pág. 228. Un pueblo inmenso, que recuerda los triunfos alcanzados en cien combates, aclama al vencedor en Sedan.

Tambien la llegada á Berlin, el 22 de Marzo, de las primeras tropas vencedoras que volvieron á su patria, está retratada en el grabado de la pág. 229.

Pero en medio del vértigo de entusiasmo que se habia apoderado de los alemanes al saludar á sus victoriosos compatriotas, alzóse la voz fatídica del poeta Hartmann, y cantó con enérgicos ecos:

«La ruina sólo engendra la ruina: hollar los cadáveres es llamar la muerte. ¡Jamás un pueblo ha perecido solo: el vencedor cae con el vencido!»

¿Se cumplirán estos lúgubres vaticinios?

LA FE DEL AMOR.

NOVELA

POR

DON MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

(*Continuacion.*)

XXXV.

DE MÁS GRAVE Á MÁS GRAVE.

Por el momento no se atendió más que al marqués de Torrenegra.

Los médicos declararon que el estado del marqués era muy grave.

Se trataba de una congestion cerebral, cuyos resultados no podian determinar por el momento.

No era aquella, pues, la ocasion de que Enrique diese cuenta del descubrimiento que habia hecho.

Como dejamos consignado más arriba, á Enrique no se le habia dicho que el estado en que se encontraba el marqués, era el resúltado de la aparicion imprevista, para éste, de Elena.

Ángeles se habia encargado exclusivamente del cuidado de su tio.

Elena no entraba en las habitaciones del marqués, y Ángeles permanecia largo tiempo al lado de su tio.

Aunque la congestion habia pasado, el estado del marqués no habia dejado de ser gravísimo.

Su razon habia quedado perturbada; deliraba, y en su delirio decia cosas demasiado graves: cosas de que era necesario impedir se apercibiesen los criados.

Esto retenia, casi exclusivamente, al lado del marqués á Ángeles.

Desde que Elena vivia en la casa, Ángeles apenas se habia separado de ella.

El cuidado que siempre habia tenido con su tio, no la habia ocupado tanto como entónces.

Enrique no habia tenido libertad de hablar con Elena, y su pasion por ella era inmensa.

Por lo mismo Ángeles habia extremado su cuidado.

Mientras Enrique estaba en la casa, Ángeles no se separaba de Elena, y lo hacia todo de una manera muy natural, sin que pudiera atribuirse á desconfianza.

Ángeles veia un peligro en la pasion delirante que, por más que la contuviese, no podia ocultar Enrique.

Elena habia llegado á ser para él su vida, su alma, su sér entero.

Era la resurreccion de aquella Mercedes, por la cual, y por el conocimiento sólo de su retrato, habia contraido una pasion fantástica, que podia llamarse del otro mundo, Enrique.

Por consecuencia, al tomar cuerpo aquel fantasma dorado, Enrique habia enloquecido.

No habia que fiar mucho de la apariencia dulce y contenida del jóven.

Parecia como que habia renunciado á unos amores imposibles, y trataba á Elena como á una amiga, como á una hermana.

Pero Ángeles no se engañaba.

Ángeles, á través de aquella apariencia tranquila, adivinaba el volcan, cuya erupcion podia causar cualquier circunstancia.

Ángeles habia sorprendido muchas veces á Enrique, no sonriente y casi alegre como cuando estaba delante de Elena, sino sombrío, siniestro, reflejando en su mirada la expresion de una idea desesperada y terrible.

El pobre corazon humano no es tan fuerte que, violentado constantemente, no se rompa.

En Elena habia entrevisto Ángeles un fenómeno.

Sin saberlo, amaba á Enrique.

Es más, Elena amaba por la primera vez de su vida, á pesar de que se habia sentido vivamente interesada por Estéban, hasta el punto de creerse enamorada de él.

Pero el amor es un misterio, un sentimiento indefinido, incomprensible.

Los séres vivamente impresionables se conmueven por todo, y es muy fácil una equivocacion respecto al sentimiento que les conmueve.

Elena habia encontrado simpático á Estéban; le habia visto empeñado por ella de una manera voluntariosa, inmensa, como impulsada por un amor infinito.

Elena tenia el alma triste; necesitaba otra alma en que apoyarse, y se apoyó en la de Estéban.

Le amó; pero le amó de una manera falsa, suponiendo en él el sér que ella habia soñado en la soledad de su alma, ansiosa de expansion y de amor.

Pero muy pronto, el conocimiento de los amores de Estéban con Gabriela, modificó el sentimiento que, respecto á él, habia experimentado Elena.

Ésta empezó á comprender que Enrique no era el sér de su sueño; pero su alma sedienta habia ansiado de tal manera el amor, que habiendo creido tenerle, no alcanzaba valor bastante para volver á la soledad.

Y luégo, que el amor es siempre indulgente; perdona con facilidad las faltas de ser amado.

Elena habia despertado de un sueño para caer en otro.

Supuso que Enrique, arrastrado por la exuberante, por la espléndida hermosura de Gabriela, habia enloquecido, se habia olvidado de su deber, y habia incurrido, por fatalidad, en el crimen de corrupcion de una mujer casada.

Pero Elena creyó que enamorado de ella Estéban, su amor era una protesta contra el olvido de su deber, que se habia regenerado, y que habia olvidado por completo aquellos criminales amores.

En esta creencia entraba en gran parte el amor propio de Elena: ese amor propio de que no está libre ni áun la criatura más sencilla.

Elena, de una manera natural, tenia la conciencia de su grande hermosura; la conciencia de su fuerza.

No temia la comparacion con Gabriela.

Cuando Estéban no pudo negarla sus pasados amores con Gabriela, sus apasionados elogios á Elena y los paralelos que establecian, ayudaba el amor propio natural de Elena.

¿Qué tenia de extraño que Estéban prefiriese á una jóven honrada, pura, que amaba por la primera vez y cuya posesion podia ser legítima, desembarazada, en contraposicion con otra mujer cuyos amores representaban un crimen, un peligro, un martirio perpétuo?

Hé aquí por qué Elena perdonó á Estéban aquellos amores y no rompió con él.

Pero éste, como hemos dicho, era un nuevo sueño.

Elena no habia comprendido, como la comprendió más tarde, el alma de Estéban. Era un jóven mal educado, corrompido, que habia sido muy favorecido por esos amores fáciles que encuentra por todas partes un muchacho bello, elegante, emprendedor y audaz con las mujeres. Su amor era materialismo puro. Si habia llegado hasta el punto de enloquecer por Elena, habia sido porque en Elena habia encontrado algo nuevo, algo á que no estaba acostumbrado, algo que era muy difícil vencer.

La pasion de Estéban habia engañado á Elena.

Pero cuando sobrevino el crimen de la Enramadilla, cuando por la infame intriga del Pintado y por una concurrencia de circunstancias fatales, Enrique se encontró responsable de él; cuando, por efecto de las circunstancias, Elena no pudo significar de manera alguna á Estéban lo que respecto á él sentia, Estéban, irritado, hizo lo bastante para probar á Elena que habia soñado por segunda vez que él no era el hombre de su amor.

Pero quedó en Elena, que tenia un admirable corazon, la piedad y la fé de que Estéban era inocente del crimen que se le imputaba.

Lentamente y sin que esto amenguase los esfuerzos de Elena por salvar á Estéban, ella fué sintiendo que su corazon volvia á su soledad y á su aislamiento; y sin embargo, engañándose á sí misma, pugnaba por retener aquel amor que se la escapaba, porque le rechazaba instintivamente su alma.

Entre tanto habia conocido á Enrique, y Enrique era un sér de todo punto superior, comparado con Estéban, fuese cualquiera el punto de vista desde el cual se le considerase.

Elena sintió desde el primer momento por él una viva simpatía; pero no creyó, no pudo creer que aquella simpatía fuese el principio de un amor que debia ir ganando terreno en la sombra. Muy pronto, de una parte las crecientes faltas de Estéban; de otra la manera á cada momento más dulce, más insinuante, más abnegada de Enrique, fueron produciendo sus naturales resultados.

Elena se interesó vivamente por Enrique.

Cuando pasaba algun tiempo más que el de costumbre desde que no le veia, estaba inquieta, se sentia mal.

Cuando le veia, se le inundaba de alegría el alma. Y sin embargo, no comprendia que aquello era amor; ni ¿cómo creerlo cuando ella se interesaba aún por Estéban? ¡Pero de cuán distinta manera!

Aquello, más bien que un amor, era un celoso empeño; era la costumbre del alma, si se nos permite la frase.

El amor de Estéban hacia sufrir á Elena, la irritaba y la hacia sentir una especie de vergüenza.

Porque ella se interesaba por aquel hombre indigno á todas luces del amor de una mujer pura.

Siempre la piedad, y siempre el amor propio.

Ella habia sido involuntariamente la causa de la situacion terrible á que habia llegado Estéban: de la cadena perpétua que sufria.

Sin sus amores con ella, sin la resistencia tenaz que la avaricia de doña Eufemia habia opuesto á aquellos amores, no se hubiera creado la situacion que hizo decir á doña Eufemia en la puerta de la ermita de Nuestra Señora de Butarque, delante de una multitud de personas, que si la sucedia algo malo, aquel mal no podia provenir de otro que de Estéban.

Si á consecuencia de aquellos malaventurados amores, la vieja, por separarla de Estéban, no la hubiera enviado á Madrid á casa de don José y de doña Mariquita, Estéban no se hubiera visto obligado á ir á Madrid los sábados por la noche, y por consecuencia, el Pintado no hubiera tenido los elementos de la horrible intriga que habia llevado á cabo para vengarse del hombre que le habia desgarrado el corazon, robándole el amor de Gabriela, manchando su honra.

Todo esto obligaba, empeñaba á Elena.

Y esta obligacion, este empeño, esta piedad, junto con la sublevacion de su amor propio, la engañaban, y creia continuar amando á Estéban, cuando en realidad aquel amor habia pasado, habia muerto.

MONUMENTO FUNERARIO EN LA IGLESIA DE HESTON.

Y como la moralidad y la dignidad de Elena rechazaban en una mujer dos amores simultáneos, aconteció que no reparaba en que eran hijos de un amor de raza pura, de un amor del alma, la tristeza que la causaba la ausencia de Enrique, y la alegría que la hacia feliz cuando volvia á verle: ella creia que esto era amistad; y tratando de una manera natural, como amiga á Enrique, este desesperado temeroso, creyendo que Elena no podia olvidar á un hombre por quien tanto habia sufrido, no comprendia que la ardiente amistad de que le daba tantas muestras Elena, era amor.

Pero Ángeles no se engañaba; Ángeles veia claro; Ángeles comprendia que una circunstancia cualquiera podia crear una situacion difícil para Elena y Enrique.

Habia que esperar.

Ángeles creia que todo se resolveria favorablemente; pero guardaba á Elena, y de una manera tan discreta, que no parecia ni podia parecer que la guardaba.

El accidente del marqués de Torrenegra habia hecho que por necesidad Ángeles no pudiese vigilar como ántes á aquellos dos enamorados que no se comprendian.

Los delirios del marqués eran graves, y Ángeles se veia obligada á permanecer casi perennemente junto á él.

No podia tener junto á sí á Elena.

Si su encuentro imprevisto por el marqués habia causado la situacion gravísima en que éste se encontraba, no se sabia hasta qué punto podrian llegar las consecuencias de una segunda aparicion de Elena.

El marqués, á juzgar por sus delirios, creia que habia sido la misma Mercedes la que se le habia aparecido al rayo de la luna á su salida del pabellon del jardin.

(Se continuará.)

AJEDREZ.

PROBLEMA NÚM. 10.

COMPUESTO POR D. JAVIER MARQUEZ.

NEGRAS.

BLANCAS.

Juegan y dan mate en tres jugadas.

ADVERTENCIA.

Por un error de imprenta, se colocó en el problema núm. 9 inserto en el número anterior D. blanca en vez de D. negra en la casilla 7.ª R. negro, lo cual hace que dicho problema, uno de los más difíciles de cuantos hasta hoy hemos publicado, tenga solucion en una jugada. Rogamos, pues, á los suscritores aficionados á esta seccion que nos dispensen y rectifiquen este error.

Publicaremos la solucion en el próximo número.

MONUMENTO FUNERARIO, POR FLAXMAN.

En la culta Inglaterra ha dejado no pocas obras de su genio sublime el ilustre escultor John Flaxman, llamado por algunos críticos el Miguel Angel del Norte.

Un mausoleo, tan elegante como severo, construyó en la catedral de Gloucester para guardar los restos de mistres Morley; la magnífica escultura que representa el Angel Guardian existe aún en el Hospicio de Lóndres (*Foundling Hospital*); el grupo que se conoce en los anales artísticos de la Gran Bretaña con el título *The ascending spirit* es un perfecto modelo de belleza y sentimiento, y diferentes bajo-relieves y estátuas de Flaxman se guardan como ricos tesoros en museos y monumentos.

El grabado de esta página es una reproduccion del grupo, tallado por Flaxman, que sirve de remate á cierto monumento funerario, erigido en la iglesia de Heston. Parece como que las dos bellas figuras están animadas por un profundo sentimiento de pena, y lloran la pérdida del sér amado, cuyos restos son los que guarda el fúnebre mausoleo.

«Como si Flaxman—dice un escritor inglés—hubiese querido encarnar en ellas el dolor verdadero, tranquilo, pero profundo.»

Inspirándose de continuo en el arte griego, el esclarecido artista ha sabido imprimir en ellas, al mismo tiempo que el carácter plástico más delicado y bello, una expresion perfecta de sentimentalismo.

Flaxman, en todas sus obras, ha procurado reunir estos dos caractéres esenciales del arte griego, lo mismo en los bajo-relieves de asuntos mitológicos, que en las obras más difíciles inspiradas en pasajes de la Sagrada Escritura.

ADVERTENCIA.

Terminada la reimpresion del número 9.°, correspondiente al año anterior, lo remitimos al par del presente á los señores suscritores á quienes se les debia.

MADRID:—IMPRENTA DE T. FORTANET,
CALLE DE LA LIBERTAD, NUM. 29.